
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento Sociología

**LA IDENTIDAD DEL MEXICANO
BAJO LA MIRADA DE OCTAVIO PAZ**
del laberinto de la soledad
al laberinto de la modernidad.

◆ T E S I N A ◆

Trabajo de Investigación Terminal
que para obtener el Título de:

Licenciado en Sociología

Presenta:

Mirna Julieta Villamil Álvarez
Matricula: 88237494

Asesor:

Mtra. Miriam Calvillo Velasco

A mi madre Guadalupe Alvarez Lara porque inevitablemente soy la continuación de su alma, de su empeño, de su sangre y de su carne. Y porque me dio mi vida enseñándome a ser independiente para vivirla dignamente.

A mi hermano Emilio por heredarme los sueños, los caminos y la necesidad de amar por encima de mi carne. Además porque gracias a que sólo sabe amar no tuve sed, hambre, frío y mucho menos miedo porque él es héroe de mi niñez y porque todavía es una fuente inagotable de conocimiento.

A mi Mtra. Miriam Calvillo, porque en contra de su voluntad se convirtió en ese ideal que todo ser humano necesita para reconciliarse con la vida y con el mundo en los momentos más difíciles, por enseñarme a desear un poco del valor que involuntariamente derrama y, finalmente porque es lo menos que se merece quien no desea perder esa condición humana que no pude evitar arrancarle.

A mis hermanas: Marcela, Sandra, Rocío y Mary, si no hubiera compartido con ustedes la vida, no hubiera soñado cuando era niña, gracias a ustedes se me harta el corazón de rebeldía, de ternura y de ese amor desinteresado e inmenso que no pueden evitar entregar a toda hora.

A mi hermano Gerardo René porque su corazón guarda mis palabras y perdona mis equivocaciones.

A mi hermano Ricardo porque siempre está conmigo a pesar de nunca estar presente.

A mis hijos adoptivos: Adrián, Patricia, Bernardo, Sandra, Michelle, Nancy, Alejandra, Norma, Ericka, Erick, Samantha....porque siempre han sido y serán clave fundamental de mi existencia.

Y por supuesto, a mi hijita linda Miriam René y al compañero de mi vida, Eduardo, porque gracias a que forman parte de mi vida, el infierno es ahora un paraíso y el fracaso una valiosa enseñanza: la existencia se reinventa cada día.

AGRADECIMIENTOS

La posibilidad de que el presente trabajo sea un análisis objetivo logrado a través del conocimiento científico sociológico y no una simple especulación personal es gracias a la Mtra. Miriam Calvillo Velasco quien siempre hace hasta lo imposible por compartir y transmitir sus conocimientos, los cuales la convierten en una mujer intelectual admirada, pero también temida y envidiada, porque difícilmente todos podemos gozar de su incalculable capacidad para adquirir, utilizar y transmitir el conocimiento. El apoyo de Miriam y su infinita paciencia para corregir errores y rebasar limitaciones de mi parte hicieron posible terminar mi primer trabajo con carácter científico.

Gracias al Lic. Jorge Arauz García, por tener la capacidad de ponerse en el lugar del otro, y en contra de su voluntad, brindar ese invaluable apoyo, a todo el que lo necesita y que tiene la suerte de tenerlo cerca. Sus “regaños” y una amistad desinteresada han sido más que importantes.

Gracias Emilio, además de siempre preocuparte porque terminara con el objetivo más importante de mi vida, sin tu paciencia para discutir sobre Octavio Paz y esa realidad intocable de la subjetividad, no hubiera aclarado ciertas ideas sobre las emociones humanas.

Ubicar en un espacio teórico firme y sin divagaciones que nada tienen que ver con el análisis objetivo se lo debo al Mtro. Juan Mora, un

hombre culto y amante de comprometerse con el conocimiento sociológico.

Gracias Sarita, sin tus cuidados y ternura no hubiera sido posible continuar con los ojos abiertos, lo que me brindaste es invaluable. Gracias también a Elvia y a Xochitl por su paciencia y apoyo.

Erika del Carmen Galaviz muchas gracias, tu preocupación se convirtió en un nuevo y valioso impulso que fue esencial para llevar a buen termino este trabajo.

Gracias Iris, porque en los últimos años me has defendido del infierno de la duda. Ana Silvia, gracias por ser un apoyo intelectual a través de Iris.

Gracias a Marú porque siempre ha sido un invaluable apoyo, no sólo para este trabajo sino a lo largo de todos mis estudios.

Adán Baena gracias por divagar conmigo sobre el ser y la conciencia, también gracias a Deyanira a Juan Carlos a Reynaldo a Carmen y a todos los que conmigo sufrieron mi trabajo.

Gracias mi niña Sandra, sin ti ¿quién me hubiera recordado que la rebeldía es una resistencia necesaria para la sobrevivencia y la libertad?

Gracias a mi Madre y a mis Hermanos por amarme todo el tiempo a pesar de mis errores. Marcela y Sandra, gracias por ayudarme a superar la violación del mundo y enseñarme como recuperar las fantasías y los sueños, porque sin ellos acabas en la desolación más profunda.

Gracias Eduardo, cuidaste siempre a nuestra hija, colocaste todo cerca de mi mano en el espacio que compartimos y en lugar correcto, para que tiempo fuera fructífero. Este trabajo es el resultado de compartir juntos la vida, te pertenece tanto como a mi.

Gracias a Beatriz Juárez, Loredmy Herrera K, Martha Quiroz, Guadalupe Sánchez Jiménez, Alejandra Torres y a María Soledad Rodríguez, por no saber darme otra cosa que ternura y cariño incondicional y porque encima de todo creen en mi.

Gracias a Joel Rocha Briseño, porque no es un simple compañero de trabajo, sino un excelente ser humano y por lo tanto un buen amigo que siempre se intereso por mi trabajo.

Gracias Alejandra Torres y Torres, sabes perfectamente que esa necesidad tuya de hacer un orgullo propio mis alcances me obligaron a caminar siempre hacia delante.

Gracias a todos lo que de una u otra forma contribuyeron a este trabajo y me dieron la posibilidad de aprender siempre algo nuevo, es

decir a todos los profesores de mi licenciatura, de filosofía y antropología social con los cuales tuve la suerte de estar trabajando en clase y tuvieron la paciencia de aclarar mis dudas y corregir mis desaciertos.

Gracias a quienes siempre creyeron en mí por encima mis dudas e incertidumbres que inevitablemente, en los momentos difíciles, parece doblegar la voluntad.

INDICE

Introducción	1
I.- El concepto de identidad	5
A) El proceso de socialización.	7
B) La filosofía existencial	10
C) Los cambios en la noción de identidad, según Francois Dubet.	13
D) La identidad y la modernidad.	17
E) Mexicanidad, modernidad e identidad.	18
II.- Las mascararas del presente	22
A) Un acercamiento al problema de la identidad del mexicano en la modernidad.	22
B) Las mexicanas de la modernidad.	24
C) Los templos ceremoniales del mexicano moderno.	27
D) La incapacidad del mexicano, identidad, religión o ficción de un laberinto de ideas.	32
III.- La mexicanidad y la religión	37
A) La identidad y la religión del mexicano.	37
B) El papel de la religión en Durkheim.	44
C) Durkheim y la función del ritual.	46
1.- Otras funciones del ritual.	47
2.- Ritual y modernidad.	49
D) La influencia de la religión en la acción del sujeto social en Max Weber.	58
E) Después de la actitud religiosa, la circunstancia histórica.	61

VI.- La identidad del mexicano, comprometida con el cambio histórico de la nación	63
A) Cuando inicia nuestra historia.	64
B) La década de los treinta.	66
C) El grupo Hiperión.	68
D) La visión histórica de Paz desde la óptica del pensamiento moderno.	75
V.- Del laberinto de la soledad al laberinto de la modernidad	81
A) Sobre el origen de nuestra sociedad.	81
1.- El sujeto social nunca puede estar solo.	81
2.- Lo que Paz olvida sobre el sentimiento de soledad y la realidad objetiva del mexicano.	82
3.- Los mexicanos ¿realmente estamos solos?	83
B) De la palabra identidad.	85
1.- El significado de la palabra identidad.	86
2.- El significado de la palabra identidad en el discurso de la identidad del mexicano.	87
3.- La temporalidad en la noción de identidad.	88
C) La identidad del mexicano y el sentido de la vida	89
Conclusiones	100
Bibliografía	

INTRODUCCIÓN

En la década de los 50's sale a la luz pública la obra más reconocida de Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad*. En este trabajo Paz se propone definir la identidad del mexicano para llegar a la estructura interna del espíritu nacional al encontrar "las raíces del espíritu del mexicano".

De tal suerte que, partiendo del pasado histórico de México Octavio Paz busca las características distintivas de las diversas actitudes del mexicano frente a la vida. Su obra esta impregnada del pensamiento científico social imperante en el mundo occidental de aquella época. *El Laberinto de la Soledad* surge como una exigencia precisa de un momento histórico determinado, sin embargo la influencia de su obra es todavía importante para el ámbito intelectual y en la idea que de sí mismo y de los otros tiene el mexicano.

La trascendencia que han logrado las ideas de Paz contenidas en este ensayo, no es difícil de entender. En este trabajo Paz reúne indagaciones de la ciencia social, reflexiones filosóficas sobre la existencia humana, fragmentos de un pasado histórico al que da vida a la luz de actitudes manifiestas que emergen del inconsciente del mexicano. Precisamente son estas características las que le dan la apariencia de ir al fondo de esa esencia inmutable y particular del alma mexicana.

Este trabajo es el resultado de la inquietud por conocer, a partir del conocimiento sociológico, si fue posible para Octavio Paz atrapar la esencia de la identidad del mexicano o si por el contrario, lo que nos ofrece es una identidad que solo surge de su imaginación y un interés real o imaginario que lo mueve a indagar, como él mismo lo refiere sobre “ese que somos”. Lo que al mismo tiempo permitiría tener una idea mas o menos clara de las transformaciones o nuevas producciones que en el terreno de la identidad el mexicano realiza como defensa o resultado de su integración a una nueva forma de vida generada a partir de la globalización económica y cultural.

Como no era posible referirse a la identidad sin sustentar teóricamente a que se está haciendo referencia, el primer capítulo aborda el concepto de identidad definiéndose particularmente el proceso de socialización; las transformaciones en la noción de identidad; los aspectos básicos que la filosofía existencial ofrece para explicar la construcción del ser en el mundo y por ende el ser de la identidad, finalizando con un bosquejo de los problemas que el sujeto social enfrenta en el mundo moderno.

Con el propósito de llevar una secuencia que nos permita trasladarnos del laberinto de la soledad al laberinto de la modernidad, se decide llevar un orden, si no idéntico, al menos cercano al que realiza Octavio Paz para tratar el problema de la identidad del mexicano, de tal suerte que el segundo capítulo gira en torno a las actitudes que, según Paz, utiliza el mexicano para defenderse del exterior como resultado de un sentimiento de inseguridad, en donde no

pretende tanto engañar al otro como a él mismo. En esta idea Paz desarrolla respecto a las mascararas mexicanas es clara la influencia directa de la filosofía Sartreana, por ello se traslada al presente con la intención de definir hasta donde estas actitudes del mexicano son parte de su esencia inmutable y herencia del pasado, o en su defecto, si es una actitud universal de los sujetos de sociedades postradicionales.

La religión ha sido determinante en la vida del mexicano, siguiendo a Paz, en el tercer capitulo se aborda el problema de la religión y la mexicanidad. Aunque el trabajo de Paz no señala las fuentes precisas de donde emanan sus ideas, existe una coincidencia entre el pensamiento de Weber y Durkheim respecto al papel que juegan las creencias religiosas, las prácticas rituales y el mito en la orientación de la acción del sujeto y su interacción con la estructura social. Lo que consideramos importante indagar no es tanto dicha coincidencia, sino precisar si en realidad estas creencias y prácticas mágico religiosas son el principal factor que lleva al mexicano a permanecer extraviado en una temporalidad sagrada impidiéndole mirar su reflejo en el mundo, es decir, en la realidad que no reconoce como una construcción propia producto de su acción y capacidad creadora y, por lo tanto, no es posible que se integre al mundo racional y contemporáneo en el que viven los hombres de sociedades desarrolladas. De tal suerte que a partir de una síntesis de las principales ideas de Weber, Durkheim y Paz, se busca definir el papel que juega la religión en la orientación de la acción del mexicano, pero también buscar sus coincidencias con el individuo posmoderno.

La identidad es una subjetividad objetivada por medio de las acciones de la vida cotidiana, entonces se debía partir de que toda realidad humana es el resultado de la acción objetiva de los individuos y el epicentro fundante de toda posible significatividad, con lo cual se crean diferentes formas de concebir y elaborar la realidad y por lo tanto se constituyen modos específicos culturales de ver y mirar el mundo cósmico y social, lo que también implica que toda apreciación de la realidad social esta determinada por las posiciones y perspectivas condicionadas históricamente, al igual que sus formulaciones concretas. Por lo tanto este trabajo resultaría incompleto si no se hubiera hecho referencia a las condiciones históricas en que surge antes y después de Paz, la inquietud por definir la identidad del mexicano. Sin embargo no es hasta el capítulo quinto que se discute como la posición desde donde se observa la realidad determina y da forma a una identidad negativa que se incrusta en la conciencia del mexicano y que al ser legitimada, inevitablemente lo ha llevado a la aceptación de la desigualdad en la distribución de la riqueza y del abuso del poder político y económico.

México, Distrito Federal, diciembre, 2000.

I. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD

Todo el mundo la busca y cree encontrarla, piensa haberla perdido y poder recuperarla. Pero, sobre todo, se cree en la existencia de la identidad propia frente a las otras ajenas. En ella se cifra el fundamento de derechos, reivindicaciones o agravios, la pretendida legitimidad de aspiraciones, privilegios, coerciones y violencias ejercidas.

Cuando se habla de identidad inmediatamente pensamos en <el modo de ser>, quizás se debe a que este término ha adquirido un uso frecuente y cotidiano. Pareciera que identidad es equivalente a identificación y tipificación pero no es únicamente en lo que los individuos dicen que son o parecen ser. La identidad es parte de la realidad subjetiva y esto la torna compleja y oculta a la mirada irreflexiva.

La identidad de un individuo no puede ser entendida únicamente como aquello que define y da carácter único. El nombre, la ocupación, la posición social, sólo son partes de un todo que le da la capacidad al individuo de acción para reproducir y transformar su entorno y a él mismo. Esto quiere decir que se manifiesta sólo una parte de la totalidad que la construye.

En la identidad se encuentra inscrita la toda la realidad social pero no siempre es consciente en los individuos a pesar de estar ahí, en su realidad subjetiva, en todos los contrarios existentes como

afirmación o negación, en lo legítimo e ilegítimo, en la razón y sinrazón; en lo que <es> y en lo que <no es>.

El individuo es impredecible para sí mismo como pueden parecerle el resultado de su propia actividad precisamente porque en sus actos está inscrito el conocimiento consciente y el inconsciente. Si consideramos este fenómeno de la acción humana no debe causar sorpresa encontrar en la práctica cotidiana de los individuos ritos, creencias mágicas, míticas y religiosas, aún cuando la ciencia y la tecnología se incorporan a su realidad.

Indagar en torno a las motivaciones e intenciones secretas de las acciones humanas necesariamente nos remite a los universos simbólicos que intervienen en la construcción de la realidad social. Es un hurgar en las estructuras y procesos que hacen posible la aprehensión del mundo por un sujeto que una vez socializado es el agente encargado de producción y reproducción de las estructuras sociales que le han sido heredadas.

La posibilidad de acción del sujeto es entonces la aprehensión del saber contenido en esas estructuras que ahora también son una realidad interna en él. Los valores no sólo marcan pautas de comportamiento también son el impulso para la acción individual y social sin embargo, aunque no existe ninguna sociedad que carezca de valores inmersos en sus estructuras sociales, su desarrollo ha sido desigual. Partiendo de esa desigualdad se han llevado a cabo estudios comparativos de las diferencias en las estructuras sociales, la raza y la

religión, buscando dar cuenta de lo que ha limitado o impulsado la evolución de unas y el estancamiento de otras, así como encontrar las leyes básicas de desarrollo social.

La identidad ha sido considerada como la estructura de valores que marcan la diferencia entre individuos y naciones y que dan fundamento a la acción de los actores sociales sin embargo la complejidad del mundo moderno ha exigido replantear el problema de la identidad.

Esta exigencia genera una abundancia importante de investigaciones y reflexiones en torno a la identidad que no puede analizarse a profundidad por lo tanto, únicamente se aborda a grandes rasgos el proceso de socialización con la finalidad de tener claro como el individuo conforma una estructura rudimentaria de valores que es determinante para la cristalización de la identidad del yo. También se tratan algunos de los conceptos de la filosofía existencial que abordan el problema. El propósito estriba en contar con los conceptos elementales que permitan reflexionar en torno a la identidad, la modernidad y la mexicanidad.

A) El Proceso de Socialización.

El proceso de socialización se divide en dos etapas; la primera se inicia desde el momento en que los individuos entran en contacto con la realidad social es decir, desde el momento de su nacimiento.

En los primeros años de vida el individuo interioriza bajo una gran carga emotiva todo aquello que del mundo objetivo le parece significativo identificándose de manera casi automática con sus principales significantes (padres). Esta identificación lo lleva a la aprehensión de valores, normas, símbolos y significados a través de todas las formas de comunicación humana como actitudes, gestos y palabras que sus cuidadores u otras personas hablan o realizan a su alrededor. Una vez que el individuo a interiorizado la totalidad del universo simbólico lingüístico también logra una simetría entre la realidad objetiva externa y su realidad subjetiva interna que convierte al lenguaje en el principal vehículo entre ambas realidades.

El lenguaje juega un papel fundamental en el proceso de socialización por ser un elemento imprescindible en todas las estructuras sociales y en todo proceso social. Lenguaje e identidad se conciben como dos elementos en constante transformación y reestructuradores de sí mismos. A través del lenguaje el individuo internaliza estructuras motivacionales e interpretativas de la realidad que serán a su vez el medio legitimador de dicha realidad. Las palabras al cargarse de significado además de ser el medio para lograr la intersubjetividad tienen la capacidad de convertir las cosas mismas en miembros de la sociedad. Las palabras gozan de autonomía y realidad propia. Para Max Müller se adquiere un lenguaje que en forma involuntaria e inconsciente, piensa por nosotros asimismo, afirma que toda acción y sensibilidad humana dependen de las representaciones tal y como son conferidas por los símbolos lingüísticos.

En esta primera etapa el individuo ya es capaz de reconocerse con identidad propia además, cuenta con una rudimentaria estructura de valores y con la confianza básica. Todo esto le permitirá salir adelante en la segunda etapa de socialización.

Cuando el individuo entra en contacto con los submundos institucionales en la segunda fase de socialización inevitablemente se quebranta el único mundo conocido por él hasta entonces, sin embargo al no presentar la misma carga emotiva en su aprendizaje le es más fácil superar la afectación que esto representa. Esta disminución de emotividad en el aprendizaje cognitivo se sustituye con rituales, ceremonias, objetos simbólicos y lenguajes específicos que otorgan la suficiente carga emotiva para que el individuo internalice roles, jerarquías, normas y valores que modelen su actitud haciéndola acorde a la estructura social.

Aunque las instituciones sociales surgen de un proceso históricamente determinado y el sujeto llega a ese orden sin haber participado en su creación, internaliza estos submundos institucionales como una realidad propia lo cual quiere decir que una gran parte de los valores que definen al individuo pertenecen a los universos simbólicos macrosociales pero él los considera propios y exclusivos de su realidad interna.

La descripción que se realiza sobre el proceso de socialización es apenas un bosquejo del trabajo que efectúan Berger y Luckmann (1991) sin embargo, este trabajo solo es necesario ubicar de donde

emerge la confianza en realidad social y la coherencia en la orientación de las acciones del sujeto.

A pesar de que la obra de estos autores toma en cuenta las estructuras objetivas de la realidad social para la construcción de la realidad, no analiza a profundidad el impacto en la confianza que el sujeto debe de tener en la realidad objetiva externa por ende, no ofrece todas las respuestas necesarias a los problemas actuales que enfrentan los individuos en las sociedades posmodernas frente a estos submundos institucionales que cada vez son para él más abstractos y afectan su confianza en la realidad objetiva externa.

B) La Filosofía Existencial.

Según la filosofía existencial la identidad surge a la conciencia del individuo como resultado de la interiorización de la realidad por parte del sujeto que al mismo tiempo que le da sentido al mundo lo obliga a realizar determinadas pautas de comportamiento. En la fenomenología la identidad es entendida como una intersubjetividad que está siempre fundada en un proyecto consciente <de ser> que sólo puede realizarse en la realidad objetiva como <una urgencia de ser en el mundo>. La conciencia del sujeto está vaciada hacía el mundo exterior no sosteniéndose de una conciencia interna sino de la realidad externa.

Del mundo objetivo se obtiene la experiencia necesaria para la acción y sólo ahí, en el mundo fáctico se puede llevar a cabo la acción.

La fusión de acción y experiencia se convierten en posibilidad para el sujeto.

La realidad humana entonces sólo puede ser construida como esa <urgencia de ser>, <lo que no es en el mundo>. Las acciones son el único medio para lograr convertirse en <ese que se quiere ser> adquiriendo así una orientación específica. En la visión de Parsons tiene su equivalente en aquello que convierte la acción en el medio para un fin. Desde la perspectiva fenomenológica es sólo <pura conciencia> de <no ser> pero que puede ser trascendida en su porvenir. Esta posibilidad de trascendencia se convierte en libertad y posibilidad para el individuo al elegirse como <siendo como lo que es> y <lo que no es>.

Esa conciencia <de ser> y <no ser> se transforma en angustia que a diferencia del miedo no tiene relación con la existencia puesto que emerge de una situación ajena al <ser> como a <su libertad de elección> pero que es inherente a la conciencia humana.

La conciencia <de ser> es <el ser de la conciencia> de <lo que quiere ser> y <puede no ser> como una <imposibilidad> que nace de él mismo. La conducta que elija le genera angustia puesto que puede no haber correspondencia entre <el ser que es en el presente> con <el ser que debe ser en el futuro>.

Sartre señala que en la vida cotidiana el individuo no vive esta angustia, al desvanecerse por exigencias precisas del momento <del

ser en situación> La conciencia puede generar la huida al negar la reflexión y llevar a cabo una serie de actitudes frente a determinado hecho como <debe ser> y evadir las consideraciones hacía los <mitos tranquilizadores>. Esto implica que el individuo al tener conciencia de su huida convierta su acto en una actitud de mala fe. (Sartre, 1989:107)

La mala fe es equivalente al inconsciente freudiano, en la medida que es imposibilidad para tomar conciencia por la introyección de tabúes e interdicciones. Este miedo viene a ser el principal medio por que las sociedades someten a la humanidad. La mala fe es la inclinación del ser humano por evadir su libertad. Es una mentira dirigida hacía él mismo y no hacía el otro. La mala fe es afectación de la propia consciencia y de ahí su coincidencia con otro concepto freudiano me refiero al de neurosis. Esto en la medida que las conductas de mala fe son la ocultación del deseo en el acto mismo: <niego lo que soy al trascenderme en el acto mismo para negar lo que soy escapando de lo que soy>.

Así, la realización del <yo ideal> o <identidad del yo> compromete el comportamiento del sujeto en la medida que ese ideal se encuentra en relación con la exterioridad. Pero este comprometerse con el mundo implica que el sujeto determina al mundo social y a <los otros> a través de su valoración y acción. Sin embargo el sujeto también adquiere realidad y determinación por medio de la valoración que <esos otros> hacen de él. La mirada del otro se convierte en una angustia profunda por <no ser lo que se quiere ser en

la consciencia del otro> que lo llevan a realizar sus actos de acuerdo con aquello que piensa esperan <esos otros> de él.

Desde esta perspectiva, el sujeto social es un proyecto que sólo puede realizarse en el mundo objetivo, donde él puede ser perfectible, al convertirse en otro por medio de sus actos, por ello, el individuo no puede ser nada sin jugar a serlo, por lo tanto, la consciencia es responsable <del ser, que se ha elegido ser>, comprometiendo, en todo momento, sus actitudes y acciones, de tal suerte que los valores vienen a ser un compromiso total de <su modo de ser> (Sartre, 1989: 20–107)

Por ende, la realidad social es producto de la sociedad pero principalmente de la acción individual de acuerdo a la capacidad que sólo los humanos tienen para transformarla por ello, en la construcción de identidad a pesar de que el sujeto es dominado y obligado al mismo tiempo, se le debe considerar como un agente activo con libertad y capacidad para elegir su acción y así trascender esta realidad según su concepción del mundo. La filosofía existencial al poner al individuo por encima de la sociedad parece negar respuestas a otros aspectos de la realidad y a nuevos procesos en la construcción de identidades.

C) Los cambios en la noción de identidad, análisis de Francois Dubet.

Para Francois Dubet (1989), la identidad tiene su origen como concepto y elemento de análisis de la realidad social en la sociología

clásica, sin embargo, adquiere importancia significativa hasta hace apenas unas décadas.

“El éxito de la noción de identidad en la producción sociológica contemporánea, así como en el discurso de los actores, crea una situación paradójica. Sugiere a la vez un cambio en la sensibilidad social y algunas mutaciones en la sociología, al tiempo que lleva consigo tal polisemia del concepto que podemos preguntarnos si todavía conserva alguna utilidad y si no se destruye asimismo en la multiplicidad de sus aplicaciones. [...] Está casi ausente, en cuanto tal, de la obra de los padres fundadores, con las notables excepciones de Mead y Parsons, interesados en el problema de la personalidad, pero parece desarrollarse realmente en el reflujo del objetivismo dominante del pensamiento sociológico de los años sesenta y setenta. Frente a la imagen de un actor social ciego, definido de manera puramente objetiva y encerrado en el determinismo de situaciones y de sistemas, se levanta la rehabilitación de la subjetividad del actor y del punto de vista que elabora sobre sí mismo, en donde se mide la distancia que separa su propia identificación de los roles y estatus que le son atribuidos. Al mismo tiempo, nuevas movilizaciones colectivas plantean el tema de identidad” (Dubet, 1989: 519)

La identidad en un primer momento se concibe como el sentimiento de pertenencia a un grupo social que conlleva a la integración de los actores a la estructura social, dicho sentimiento se genera por la internalización de valores, normas y símbolos de la estructura social en el proceso de socialización de los sujetos, lo que

conlleva a contar con una sociedad bien integrada, la cual, por su estabilidad y continuidad en la reproducción de la estructura social, en función de que, existe en los individuos legitimidad y aceptación de los roles y las jerarquías les impone.

En caso contrario, es decir, cuando el actor no logra una socialización 'positiva', se habla de anomias o, crisis de identidad, lo que implicaría, en caso de involucrar a grupos importantes, una crisis de identidad colectiva y una probable disfuncionalidad en la estructura social.

La cohesión a la estructura social por parte de los actores, requiere necesariamente de un universo simbólico compartido, cuestión que desempeña un papel importante en la conformación de un estado-nación, el cual también emerge de otros procesos inscritos en un desarrollo histórico natural. Sin embargo, este avance y transformación de las sociedades habría de generar un concepto de identidad que difiere sustancialmente al postulado por la sociología clásica.

Otro importante cambio de orientación en torno a la identidad se da en las sociedades capitalistas del mundo posmoderno, donde se ha generado en los individuos una tendencia al individualismo y por ende, a la competencia y el logro personal, lo cual genera una identidad que ya no se sustenta sólo en la conformidad con el grupo social, sino como parte de una estrategia para el logro de determinados fines. Esto conlleva a que la identidad se convierta en

un recurso para la acción, al mismo tiempo que se crea una valorización de la autonomía y de la identidad personal, como valor, como subjetividad contra las identidades atribuidas, pesadas o impuestas que frenan la capacidad estratégica del empresario y la libertad del ciudadano. Vista así la identidad se convierte en una arma de poder y de influencia social.

El problema es que no a todos les es dado hacer de su identidad un recurso estratégico para la acción y con ello alcanzar sus fines y expectativas. Así como la producción de la riqueza no se distribuye equitativamente, la identidad tampoco. De tal manera que la identidad de un sujeto se encuentra estrechamente relacionada con lo que se posee y lo que es dentro de la sociedad.

A esto se suma que los actores de las sociedades modernas se enfrentan a un mundo que tiene distintos niveles de realidad y que no siempre le son acordes para mantener un sentimiento de pertenencia a su grupo social como el que se producía en los sujetos de las sociedades tradicionales en donde al contar con una realidad menos heterogénea y contradictoria, era menos probable que los individuos sufrieran una crisis de identidad o del sentimiento de frustración tan característico en los sujetos de las sociedades modernas.

En este sentido, la construcción de la identidad en el mundo moderno requiere de la unidad de los diferentes niveles de la realidad social por parte del sujeto por lo tanto, es principalmente un trabajo del actor. No sólo surge una nueva forma de identidad sino también la

imperiosa necesidad por parte de los sujetos sociales de otorgar sentido a su acción y por lo tanto, a la realidad social.

Asimismo, se han generado en la actualidad otras formas de manifestaciones en torno a la identidad, como la movilización colectiva en donde se fusionan universos simbólicos a una identidad tradicional así como, los referentes simbólicos de la acción moderna en busca de espacios y reconocimiento social o simplemente como denuncia del abuso de poder. La identidad también puede traducirse en compromiso, con el grupo social, la patria, o la fe. (Dubet, 1989: 519-545)

D) La identidad y la Modernidad.

En la modernidad, la mayor parte de los individuos adquieren consciencia de su fragilidad frente a las estructuras sociales, el mundo se les parece cada vez más inhospitable a pesar de los beneficios del desarrollo científico y tecnológico. Las características de los sistemas sociales han generado una multiplicidad de opciones, pero también niegan la posibilidad de tener acceso a un conocimiento de aquello que es elegido.

Asimismo se observa Giddens, la duda y la incertidumbre de la elección en la vida moderna invade hasta los rincones más íntimos de la vida cotidiana: "La modernidad es un orden postradicional en el que a la cuestión <<¿cómo he de vivir?>>, hay que responder con

decisiones tomadas cada día sobre cómo comportarse, qué vestir, qué comer, y muchas otras cosas...” (Giddens, 2000: 26)

El comportamiento total de la persona se convierte en la necesidad de reinventarse a diario de lo cual resulta que los individuos se sumerjan en obsesiones, dudas e inseguridades constantes por del temor a transgredir o violentar los esquemas de identidad idealizados por el sujeto y socialmente legitimados. Aunque la identidad es producto de la totalidad del universo simbólico social al ser interiorizada por el sujeto y quedar cristalizada en la identidad del yo, invariablemente su actitud se encuentra ya orientada hacia <un querer ser en el mundo> y se obliga a llevar a cabo determinadas pautas de comportamiento.

Los conflictos de los individuos de las sociedades posmodernas ponen en entredicho la afirmación de Sartre respecto a que en la vida cotidiana el individuo no vive una angustia constante al desvanecerse por exigencias precisas del momento, del ser en situación, evadiendo la reflexión y llevando a cabo su actividad como <debe ser>. (Sartre, 1989: 104)

Sin embargo en el mundo actual el individuo enfrenta una angustia constante en su práctica cotidiana al encontrarse inmerso en una realidad social que trasciende el mundo de lo objetivo.

E) Mexicanidad, Modernidad e Identidad.

El problema de la conciencia de fragilidad frente a la realidad social ha estado presente en la conciencia de los mexicanos a lo largo de su historia. Esta conciencia plagada de dudas que generan sentimientos de vulnerabilidad e imperfección y llevan al individuo de las sociedades posmodernas a reconocer sus límites y a vivir una crisis identitaria ha sido una constante en la conciencia del mexicano. La modernidad ha sumado a las conciencias mexicanas nuevas angustias y formas de vida que con el avance tecnológico se hacen más claramente visibles así como, los abismos entre el límite y el poder que cada vez adquieren mayor profundidad.

En la construcción de la identidad el sujeto no puede evadir las transformaciones de la realidad objetiva externa por ende en la mayor parte de los casos los actores sociales transforman su realidad interna de acuerdo a estas transformaciones que afectan irremediablemente el sentido que le otorgan a vida. La identidad de los individuos no es inmutable como tampoco la de las estructuras sociales asimismo, ninguna de ambas partes pueden transformarse sin afectar a la otra, de tal suerte que el individuo no puede ser un agente pasivo en la construcción de identidades frente a las instituciones sociales, independientemente de que el sujeto al interiorizar la realidad externa la pueda concebir como propia.

Pese a esto, en la mayor parte de las obras que dan cuenta de la identidad del mexicano como un sujeto pasivo frente a la realidad que

lo rodea y perdido en una temporalidad sagrada que le impide abrazar el mundo moderno.

Paz manifiesta claramente estas ideas de la siguiente manera: “En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. El mexicano se siente arrancado del seno de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba. Ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas las fuerzas que se manifiestan en la vida. Por eso grita o calla, apuñala o reza, se echa a dormir cien años.” (Paz, 1974: 17)

En realidad el problema no estriba fundamentalmente en lo que antes de Paz pudieron haber expresado en sus obras Andrés Molina Enriquez, Samuel Ramos, José Vasconcelos, Manuel Gamio, Emilio Uranga, Leopoldo Zea, entre otros, en torno a los valores y la identidad del mexicano sino en los efectos que estas ideas han tenido al paso del tiempo en la concepción que el propio mexicano tiene de él y su prójimo. El discurso de estos pensadores influye en la concepción que de sí mismo y de su prójimo tiene el mexicano así como, en la que en otros países se tiene acerca de los valores que definen su personalidad. Esta influencia responde al poder y la hegemonía de la que gozaron y gozan todavía actualmente figuras como Octavio Paz.

Esos valores que supuestamente hereda el mexicano <arcaicos> difícilmente hoy se podrían sustentar teóricamente como el único límite para <salir adelante> frente a las contradicciones y los abusos

que impone la modernidad. Nuestra atención debe ubicarse en que ahora el problema estriba en que se han sumado a la conciencia colectiva del país las ideas racistas, elitistas y excluyentes que se sustentan en la existencia de la <diferencia>, la <superioridad>, la <racionalidad> y la <ciencia>. Una tesis generada desde siempre que ha puesto en desventaja al mexicano respecto a la supuesta diferencia frente al individuo de las sociedades desarrolladas al tener como base la incapacidad y la inferioridad. Indudablemente esas diferencias existen pero radican en otros factores estructurales y culturales que nada tienen que ver con la capacidad o la incapacidad humana.

De la misma manera, es indiscutible la existencia el sentimiento de identidad nacional que hace vibrar el corazón ardiente del mexicano cada vez que la selección nacional de fútbol gana uno de sus gloriosos enfrentamientos. sin embargo también es fácil reconocer ese sentimiento de inferioridad e incapacidad ampliamente difundido y legitimado antes de Paz, por el mismo Paz y después de Paz. Es necesario cuestionarnos sobre la veracidad de estas ideas tanto como de la existencia de las mascararas del mexicano como un elemento más que los define y los torna particulares y, sí existen cuáles sobreviven y cuáles surgen a partir de las exigencias del mundo moderno.

II. LAS MASCARAS DEL PRESENTE

“...al entregarse se abren...La confidencia deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha. El mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación ... Su lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior. Para el macho las mujeres son seres inferiores ...”

Octavio Paz. *El Laberinto de la Soledad*.

A) Un acercamiento al problema de la identidad del mexicano en la modernidad.

Las mascararas del presente ya no se construyen sólo de palabras, del machismo desbordante en hombría inquebrantable, de resignación y espera o de estoicismo crónico adherido a nuestro ser. El presente aún más lleno de miseria –que en el pasado - exhibe frente al hambre la abundancia, elabora para nosotros realidades, nos obliga, nos abre por la fuerza y nos arroja a una modernidad que nos omite, que nos excluye de sus bondades al mismo tiempo que nos contamina.

Ahora los mexicanos también compartimos valores universales más de cerca, la globalización económica nos convirtió en verdaderos cosmopolitas, independientemente que el costo sea demasiado alto, una parte importante de los valores que nos definían se han transformado. Esto no quiere decir que desapareciera de nuestra cultura popular la disputa, la amenaza, la injuria y la violencia que

ejercemos a través de la palabra, el “albur” es aún parte importante de nuestra vida cotidiana.

A pesar de todo, nos continuamos al amparo de nuestros valores, somos más mexicanos que hace cincuenta años, sí esto no fuera así la risa, el llanto, el amor, ese <derramarse> en cada acto ritual que emprendemos no estuviera aún presente en o <modo de ser>. (Paz, 1974)

La <mimesis> a la que Paz se refiere, ya no es únicamente confundirnos con el entorno hasta disimularnos volviéndonos transparentes. La complejidad actual de “ese que somos” no surge de <nuestra esencia inmutable> sino de mitos que la realidad externa produce y que interiorizamos pasivamente a través de la mágica seducción los diversos medios de comunicación con los cuales automáticamente nos convertimos en modernos mexicanos inaugurando una nueva pero oscura realidad. (Paz, 1974: 19)

Por esa nueva realidad que nos rebasa, las mascararas del presente se construyen con un lenguaje que va más allá de las palabras. Nuevos símbolos y nuevas mascararas para ocultarnos, pero de nuestro modo de ser originario. El presente nos conduce a ser ‘elección’ y ‘diferencia’ entre modos de ser exportados hasta nuestra realidad, por lo tanto el hermetismo actual del mexicano esta dirigido contra él mismo y no impide rajarnos y abrirnos, al contrario exhibimos nuestra abertura al exterior ocultando nuestra huida de la desesperanza a la consciencia.

Nuestra mexicanidad se encuentra *ad doc* con lo universal pero no dejamos de ser particulares. Los mexicanos compartimos nuevas tendencias ideológicas, movimientos contraculturales, los mexicanizamos, los hacemos nuestros porque compartimos idénticas contradicciones. El avance tecnológico ha traído el performance que invade los espacios más importantes de la vida cotidiana, mezclándose, adhiriéndose a nuestra piel, a nuestra apariencia, a <nuestro modo de ser>.

B) Las mexicanas de la modernidad.

La modernidad a dado forma a nuevos <modos de ser> de la mujer mexicana. Esta nueva mujer se pinta el rostro, se oculta tras la mascara del maquillaje para igualar o confundirse, para simular negándose a sí misma su condición y, contradictoriamente a lo que Paz señala, para exhibirse, provocar, incitar, ejercer su único poder sobre el sexo contrario en una mezcla de pudor y libertinaje, no importa si acaba de emigrar del pueblo o comunidad indígena más distante, la mujer del México moderno busca vestirse a la moda, incitar, seducir ser el centro de atracción de la mirada masculina.

Una pequeña parte de esta población femenina tiene el privilegio de adquirir conocimientos pero independientemente de su ingreso al mundo intelectual o del papel que en el ámbito laboral desempeñe la mayoría cree dignificarse al alcanzar el matrimonio no importa el limite que implica para ellas ser ama de casa, madre abnegada y esposa

fiel. A pesar de esto, Gabriel Careaga se equivoca cuando señala que los hombres crearon a los dioses para que la mujer los adorara.

Hace culpable a la mujer mexicana de reproducir el machismo sin embargo está necesidad de continuarse al amparo del hombre, sometida a su voluntad <no es una elección propia> es un recurso para la sobrevivencia, son creencias, mitos y valores que no se comunican con palabras sino con acciones; de ahí, su poder de seducción y la obligada caída en la trampa de los mitos de fe y esperanza inherentes al 'verdadero amor' y la 'entrega total'. (Careaga, 1984)

Parece que Octavio Paz no es el único, la mayor parte de aquellos que han buscado descubrir el alma femenina acaban de una u otra forma por conceptualizarla como incapaz de trascender, ya sea porque la hace despreciable "su ser rajado", "abierto en la entrega" o porque ella misma se cierra las puertas que pueden llevarla a la independencia y libertad. Lo cierto es que el papel inferior y secundario de la mujer frente al del hombre es producto del desarrollo de las sociedades humanas.

La simbolización que el mexicano hace sobre su sexo como "abertura" o "herida" es una producción ontogénica que bajo otras representaciones simbólicas y lingüísticas seguramente se ha dado en todas las sociedades ya que principalmente se refiere a que la mujer termina por ser doblegada, "por abrirse". Afirmar que la mujer mexicana lleva a cabo "una ciega reproducción" en la vida cotidiana es no querer ver que existen límites claros de acción, espacio y obligación entre el

hombre y la mujer que difícilmente pueden ser transgredidos no sólo son ellos mismos quienes lo impiden, las paredes que resguardan las relaciones entre el hombre y la mujer son transparentes, están expuestas a la insoportable reprobación del prójimo. (Paz, 1974: 22)

La mujer siempre ha sido encadenada por su condición de reproductora a desempeñar un papel inferior frente al hombre a lo largo de toda la historia humana. Construir una relación igualitaria entre el hombre y la mujer que termine con la cultura machista no es privativa de la mujer. La transformación de esta o cualquier relación requiere la participación de ambas partes, pese a todo la mujer mexicana cuenta con nuevas posibilidades y nuevos espacios que hace cincuenta años eran inexistentes.

Tal vez esta relación desigual entre el hombre y la mujer se transforme por lo pronto, parece estar lejano el cambio, si con la mundialización las mujeres mexicanas toman conciencia de su derecho al respeto y la igualdad, asimismo la lleva a buscar su imagen reflejada en revistas de modas, heroínas abnegadas de la televisión, novelas rosas y cuentos de hadas que definen las pautas de su comportamiento. Sin embargo el primer paso ya está ahí, objetivado en la realidad externa y cuestionando su inferioridad a través de sus aportaciones al conocimiento científico, a la producción de riqueza y de todas aquellas actividades que realiza.

C) Los templos ceremoniales del mexicano moderno.

Los mexicanos cuentan con modernos espacios en donde los rituales y los formalismos ceremoniales rinden tributo a la exclusividad y la diferencia. A través de estos rituales se legitiman nuevas desigualdades, nuevas injusticias, el abuso poder y la sinrazón humana. Plazas comerciales, una 'exclusiva' creación de la modernidad que amalgaman una diversidad de campos de referencia simbólica que reúnen pero no diluyen las 'diferencias', y contrariamente el abismo entre hombres, mujeres y grupos sociales se hace cada vez mayor.

Los asiduos asistentes son diferencia real por el poder adquisitivo, y también imaginaria por los mitos de superioridad y esencialidad. Los mexicanos pierden su condición de igualdad que supuestamente su nacionalidad les confiere, y uno frente al otro se <siente diferente> reafirmando por medio de rituales en donde el cuerpo es movimiento y el instrumento que aparece y comunica sin palabras su diferencia. Es entonces cuando la contradicción diluyéndose por la magia de los símbolos, legitima falsas creencias y prejuicios no existiendo otra realidad porque se torna inobservable, inexistente.

El mexicano se enfrenta hoy a un presente que harto de modernidad lo arroja, lo obliga y finalmente lo reúne en espacios donde el despilfarro se manifiesta al amparo de nuevos rituales y ceremonias que se suman a los anteriores y, a esas fiestas que como

buen católico ofrece a su santo patrono ya sea de su lugar de origen o de la colonia popular donde reside llámese “San Lorenzo”, “San Juan”, “San Francisco”, “La Virgen de Guadalupe o del Perpetuo Socorro”.

Ahora el mexicano se viste y engalana para ofrendar su tiempo y su ser a la modernidad en ‘Plazas’ que nada tienen que ver con las que se conocían hace cincuenta años. Independientemente del lugar donde se encuentren ubicadas, - Plaza Oriente, Plaza Universidad, Plaza Satélite, Plaza Netzahualcoyotl, Plaza Aragón, Plaza Polaco... el tiempo libre del mexicano transcurre lleno de contrastes que no pasan desapercibidos y, al contrario, se buscan, se anhelan, son esencia, aunque finalmente terminen por ser ‘diferencias idénticas’.

Los mexicanos que son asiduos a estos santuarios hartos de modernidad, no necesariamente comparten el mismo poder adquisitivo, la misma ideología, los mismos gustos y extravagancias, ni siquiera los mismos intereses. Todos los que en este lugar tienen una cita semana a semana, el mundo moderno les ofrece una excelente forma de negar el tiempo, su desamparo y la existencia de <otra realidad> que únicamente se reconoce cuando <aparece> en noticieros y enturbia el panorama de ‘nuestro’ México moderno.

En estos centros se lleva a cabo un consumo de recursos de todo tipo que incluye ese exceso de rituales y formas que se exige <ser moderno>. Son espacios que prueban la diferencia real entre los grupos e individuos sociales producto de la desigualdad en la distribución de poder, riqueza y conocimiento. Sin embargo no es esa

la diferencia por la que nos afanamos tanto y le otorgamos legitimidad a lo imaginario porque actúa una estructura valorativa compartida por ello legitimamos lo irreal como una incuestionable verdad y que adquiere la posibilidad de objetivarse en la interacción simbólica que se objetiva por medio de esa coerción que infringimos al cuerpo para realizar esa comunicación que carece de palabras, por lo tanto nos fue necesario para sobrevivir infestarnos de “mala fe”^{*} y es precisamente de mala fe, y por la mala fe, que construimos las <más-caras> fantasías de nuestra historia.

De tal suerte que el mexicano se sabe moderno mientras niega y evita su realidad, ya sea enmascarándose en naco, fresa apretado pelado, yupie... evade <su ser originario, íntimo> al inventarse <siendo lo que no es>, y precisamente ahí, en los lugares para el hombre moderno y en su imaginación que le posible escapar, no <del otro>, de él mismo, y así lograr la huida, no importándole que <ese otro> le exhiba su miseria, no la precisa, no la escucha, su conciencia está negada para mirarse lo que sucede y es que él <no es lo que es>, pero independientemente de que pueda presentirse como <pura apariencia> y como no formando parte de una realidad que lo invita. Lo soborna pero no lo llama por su nombre. lo claro es que la modernidad desde hace más de cincuenta años nos exige <ser lo que no somos>.

^{*}Entendida en términos Sartreanos, la mala fe es la inclinación del ser humano por evadir la angustia ante su libertad y por ende su libertad de ser en el mundo, pero no significa no tener conciencia de esa angustiosa libertad, es huida precisamente a la no conciencia y ocultamiento de la huida, es el autoengaño, la mentira para él sí mismo y no para el otro. Es una mentira sí, pero no hacia el otro, está dirigida hacia adentro, es afectación de nuestra conciencia de mala fe.

En estos días los mexicanos emprendemos batallas individualistas, no es que se compita más que hace cinco décadas, pero hoy no es solo cuestión de confundirnos y no exhibirnos, por el contrario, hoy los mexicanos <exhibimos> por medio de lo que encontramos a la mano, <ignorándonos a nosotros mismos>, con el grito silencioso de <nuestro aparecer>, en el <modo> que nos exige una sociedad que siempre nos obliga a <se abertura>, pese a todo nuestra rebeldía sigue siendo una poderosa arma de lucha contra el olvido.

Las mascararas del presente se construyen de extrañación, de fragmentación y de negación, quizás antes nos acompañábamos, nos reconocíamos entre nosotros y era una realidad el laberinto del mexicano, sin embargo, es realmente hoy cuando la soledad se hace laberinto.

Pero la modernidad <es> y nos construye en contra de nuestra <muy mexicana forma de ser>, somos modernos puesto que somos creativos, muestra de ello es la particular forma en que abrazarnos está modernidad, asfixiante.

Las avenidas principales del Distrito Federal, los cinturones de miseria y las zonas conurbadas, son otro reflejo de la vida moderna. Nuestro México invadido por la tecnología no impide, muy al contrario, refuerza las formas en que el mexicano se <disimula>.

Escondemos nuestros miedos y fantasías, la miseria no es la única causante de nuestros temores. Sucede que la modernidad trae consigo exigencias y no métodos para curar las carencias humanas, por lo tanto continuamos siendo solidarios pero con los estilos de vida estandarizados o en una nueva postura identitaria pero fugaz, cualquier inconfundible indumentaria nos defiende del anonimato porque como el Pachuco, nuestra particular forma de vestir busca manifestar rebeldía y el intento de <ser> originales y contrarios lo que se revela en <ese modo de hacernos aparecer frente al otro>. Bajo cualquier adjetivo Skato, Darck, Neohippie, o simplemente Neopelado, conformamos una diversidad que se descubre un idéntico movimiento contracultural.

Frente al televisor los mexicanos encontramos otra salida que nos lleva directamente al infierno de la imagen. Olvidamos, es cierto, pero pagamos muy caro nuestro olvido. A través de esa realidad virtual, la televisión edita y distorsiona la realidad y nuestra imagen. Los mexicanos aprendemos a reconocernos en ridículos personajes pero de 'noble corazón, humildes sacrificados, honrados, incondicionales', pero al mismo tiempo nos volvemos en contra de lo que somos, en contra de nosotros mismos.

Cualquier intento de escapar de los temores, de conseguir reivindicar nuestra existencia se pierde en la realidad abstracta que nos impide olvidar nuestra miseria y lo vulnerable que somos frente a ella, pareciera que no hay forma de burlar a la desesperanza.

Los mexicanos nos extrañamos, nos perdemos entre nosotros mismos, el Niño de la calle, las Marías y los Ancianos pidiendo caridad, el Drogadicto, el Violador, el Asaltante, el Vendedor en el transporte colectivo, en los cruceros o el Ejecutivo, la Secretaria, el Doctor, el Ingeniero, el Licenciado, la Ama de Casa, en suma, entre los diferentes estratos y formas de vivir, nos presentimos pero no podemos reconocernos como producto de una misma realidad, la del México moderno, nos reunimos, compartimos espacios y somos producto de esa misma realidad pero fragmentados, divididos, irreconciliables el uno con el otro, pero a fin de cuentas mexicanos y católicos.

D) La incapacidad del mexicano, identidad, religión o ficción de un laberinto de ideas.

“Sucedee a veces que, ante la radical inseguridad de los auténticos valores de nuestra nacionalidad, damos por hecho que la mirada del extranjero nos alcanza en la verdad de nuestro ser y empezamos a creer que en verdad somos, por ejemplo, charros disolutos o indios tristes, imágenes de pantalla cinematográfica, o en el lienzo, de formas y pseudoformas de vida arrancadas a retinas turísticas por algún director cinematográfico o por la superficialidad de algún pintor en alguna parte de su obra.

Todo esto es Mexican Curious, es decir, pura imagen e imaginería de lo mexicano plasmadas desde un punto de vista extraño,

es la imagen vulgar de nuestro “ser para otros” que nos convierte en puro objeto de contemplación”. (Portilla,1992: 124)

Partiendo aparentemente desde otra postura y amparado en otro discurso Carlos Monsivais, tampoco nos concede el título de hombres modernos, nos diversifica, pero nos continua en la imagen de seres incompletos que no acaban nunca de ser <modernos>. La época actual masifica nuestra ineptitud, nos clasifica para continuarnos en el <pelado cantiflesco>. En el eterno enamorado entregado al sufrimiento, al alcohol, a la parranda, al desenfreno, a la cursilería masificada del amor y el sentimiento mieloso. El mexicano se ha transformado mezclando el mundo indígena y rural con el urbano. Su lenguaje lo identifica, lo pone al descubierto y, una vez más, no salva nuestra dignidad y nos a nuevamente en la incapacidad para abrazar el mundo moderno y por supuesto mucho a la posmodernidad. Continuamos siendo pues, copia infiel del hombre urbanizado, constructor de la modernidad y el progreso. (Monsivais, 1986)

Sucede que detrás de las reflexiones más reconocidas sobre la esencia del mexicano, encontramos una realidad distorsionada por prejuicios de distinto orden sustentados en la ciencia social. Ensayos, novelas y todo tipo de obras literarias realizadas en torno a lo que forma parte de <nuestro ser> y nos conduce a construirnos la realidad de ésta y no de otra manera. No es la mirada que nos brindan otros, es la mirada que surge desde el empeñado corazón de nuestros intelectuales.

Esa mirada alcanza finalmente a todo mexicano convirtiéndose en el espejo donde actualmente nos reconocemos. El uno hace al otro y el otro hace al uno, me reconozco a partir de lo que yo digo que soy, pero fundamentalmente a partir de lo que el otro dice que soy. (Lacan, 1981)

El mexicano nunca se invento tanto, como lo inventaron desde antes del México posrevolucionario. Las posibilidades o imposibilidades axiológicas para el progreso y el desarrollo del país, indudablemente son producto de sus valores históricos, pero también son producto de aquello que Carlos Marx llamó relaciones sociales de producción, así como de esa diversidad de estructuras sociales heredadas desde el México prehispánico, porque “ese que somos”, ha sido capaz de transformarse, de ser consumista, de asimilar la cultura de masas, los movimientos contraculturales que emergen de otras naciones porque son protestas que se reconcilian con las nuestras.

Los mexicanos son capaces, como cualquier otro ser humano, su imposibilidad no está en su sangre tanto como en una realidad que lo excluye y le impide desarrollarse, son producto de su historia, han cambiado, son otros sin negar su valores del pasado, de una década a otra se continúan para negarse.

Los cambios se hicieron presentes, sin embargo todavía la religión determina y cohesiona a los mexicanos, reuniéndolos como siempre a lo largo de su historia, la religión es una institución que impregna

todos los niveles de su realidad y de donde surgen además de todos los santos que adoran y todos los demonios que los persiguen.

La moral del mexicano está impregnada de los valores religiosos y con estos valores orientan su acción, construyen su existencia. La religión es intangible pero se objetiva en su realidad cotidiana, la diseña, la modela. Y es que la religión es una de las instituciones creadas por la humanidad que tiene la capacidad de transformarse y adaptarse a todos los cambios generados por el desarrollo social, otorga valores y legitimidad a toda la estructura social, determina la acción del <ser en situación>, por ello ha tenido la posibilidad de trascender a lo largo de la historia humana y de ocupar un importante lugar en las sociedades modernas.

Según podemos observar la capacidad de acción de los mexicanos no debía ser valorada únicamente a partir de su fe, rituales y creencias religiosas. Sí su estoicismo y callada resignación los lleva a soportar ese sufrimiento que exhibe como valuarte. Se debe a que es dignidad y trascendencia hacia dios. El catolicismo exige crucifixión para igualar el sufrimiento divino, es un inventarse en dios y no complejo de inferioridad e inseguridad. El orgullo del mexicano precisamente consiste en ese deseo de igualar o superar la dignidad divina, pero fácilmente se le califico como 'irreflexivo'. Lo absurdo del asunto es que esa "irreflexividad", que como podemos ver no es tal, es el resultado del uso indiscriminado de los símbolos y los ritos religiosos que desde el poder, y de manera vertical, siempre le fueron impuestos por lo tanto el catolicismo siempre ha sido un eje de orientación

impuesto, mientras que por otro lado, se le niegan posibilidades reales para su desarrollo individual y social.

La mexicanidad y la religión como elementos importantes inscritos en nuestra identidad como <modo de ser> exige su análisis y reflexión, sin embargo es necesario partir de la idea de no es un fenómeno exclusivo de la historia mexicana y tomar en cuenta que este esquema mítico religioso podemos encontrarlo transmutado en los paradigmas y dogmas científicos para justificar lo injustificable.

De esto se desprende que la religión sea una fuerza coercitiva que emerge de representaciones simbólicas y por lo tanto, de representaciones abstractas pues, las ideas, conceptos y valoraciones religiosas, invariablemente tienen el poder de fundirse en otros contextos de la realidad en que los individuos interactúan. El mundo de lo sagrado invade el mundo profano por ello, la mayor parte de los rituales en las relaciones con lo sagrado se expresan siempre por medio de creencias en peligros que implica franquear barreras prohibidas. (Durkheim, 1988)

Las sociedades de la modernidad no han roto su estrecha relación con el universo religioso y pareciera que al contrario, la conciencia de vulnerabilidad del individuo le confiere nuevas formas de poder y dominio sobre las conciencias de sujetos que no encuentran otra manera de otorgarle sentido a su acción a <su ser en el mundo>. Esta exclusión y diferenciación de los grupos sociales que se refugian en la fe y en las creencias religiosas, contradicen a quienes creyeron

encontrar los principales valores de la identidad e incapacidad del mexicano, en sus prácticas, ceremonias y rituales religiosos, la identidad por ellos descrita, no era la identidad mexicana real, sus principales fundamentos surgieron precisamente de una fe mítica en la razón y el progreso humano que hoy hecha por tierra esa vieja idea de una sociedad perfectible que a final de cuentas venía a sustituir un paraíso perdido, una idea irreconciliable con el presente.

Todo lo que hasta aquí hemos señalado en ningún momento trata de negar que la religión ha sido y es el refugio del mexicano, lo que sí se pretende es borrar la idea equivocada de un mexicano que solo se entrega a la contemplación de una realidad en la que ya no se reconoce, extraviado en un tiempo sagrado. La religión a lo único que lo conduce es a cometer el pecado de legitimar una realidad que le es adversa y a la aceptación de una identidad inexistente.

III. LA MEXICANIDAD Y LA RELIGIÓN

“Los dioses han existido realmente, y han obrado y hasta se han desarrollado, pero como realidades sociales. Podemos añadir que también existieron para los hombres que no creyeron en ellos.”

**C. Marx. citado por Agnes Heller
en: *Historia y vida cotidiana*.**

A) La identidad y la religión del mexicano.

Nuestra religión es refugio de nuestro desamparo, huida de la soledad y la desesperanza, así lo manifiesta nuestra extrema religiosidad, específicamente “somos un pueblo ritual”. Sí en algo le concedemos razón a Paz, es que no podemos llegar “al ser que somos” sin tocar nuestra religiosidad, esa religiosidad que perdiendo nos conduce a ganar el cielo. ¿Cómo se vive esa entrega incondicional, de qué manera entra a formar parte de nuestro espíritu y, aún más, de nuestra sangre?.

Cuando Octavio Paz nos describe, también nos condena, su descripción aunque desbordante de un lenguaje poético, no deja de estar fundamentada en una mirada parcial e influenciada por la visión de pensadores que le antecedieron como Samuel Ramos y José Vasconcelos, no menos religiosos e irreflexivos que <el pelado> ¿acaso no es cierto que los contrarios se tocan?.

Nuestra condena surge a partir de los parámetros conceptuales y de legitimación en que se basan las sociedades modernas. Se piensa que <la razón y la verdad> son parte del ser y actuar de la sociedad en su conjunto, de tal suerte que la ciencia y la tecnológica excluyen mito, ritual y religiosidad extrema.

“Somos un pueblo ritual” dice Octavio Paz, condenado al retraso y a la exclusión de las bondades que el hombre moderno goza. Si partimos de que la sociedad ‘tradicional’ y ‘religiosa’ es toda aquella forma de pensamiento y construcción de la realidad que no se identifica con la occidental de donde surgen las sociedades modernas que dentro de las supuestas transformaciones requeridas para el paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna se requiere la secularización de la vida religiosa, para que se adquiriera la misma dimensión y los valores que tienen los individuos de las sociedades modernas, por lo tanto asegura que la bondad del progreso creado por el hombre sustituye los mitos fundacionales que determinan al sujeto de las sociedades religiosas o católicas como la nuestra. Que le da sentido a su vida, lo que quiere decir que los mexicanos estamos condenados a no alcanzar la modernidad aunque siempre nos encontremos tras de ella. (Paz, 1974:42)

De la manera que sea, a los mexicanos se nos ha definido como seres incompletos, religiosos a extremo, que todavía requieren del desarrollo mental y social para lograr una sociedad moderna y civilizada. Según Paz, nuestra religiosidad es “...una fuga, un regreso tentativo por restablecer los lazos que nos unían a la creación, es

diferencia respecto a los hombres de mentalidad occidental— porque mientras— ellos son crédulos, nosotros creyentes, ellos aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas”. (Paz, 1974: 21)

Paz ofrece una respuesta al origen de nuestras diferentes actitudes para afrontar la vida “para los norteamericanos el mundo es algo que se puede perfeccionar mientras que para nosotros es algo que se puede redimir. Ellos son modernos. Nosotros, como sus antepasados puritanos, creemos que el pecado y la muerte constituyen el fondo último de la naturaleza humana”. (Paz, 1974: 22)

No conocemos la ‘libertad’, siempre al amparo de jerarquías somos incapaces de vivirnos libres constructores de nuestro destino, la sustancia de nuestro pasado histórico nos impide reconocernos capaces de transformar nuestra realidad. Antes al amparo de dioses prehispánicos, hoy al amparo de un sólo Dios; todos los Santos y la Virgen que el catolicismo nos ofrece, en resumen para Paz, somos tan religiosos como nuestra miseria y nuestro desamparo.

Todo en el mexicano es religión, fanatismo, negación, <miedo a ser>; su religiosidad lo obstruye, pero no lo <contamina>, por ende es incapaz de generar aspiraciones de cambio, de separatividad, de transformación, ¿para qué? si somos perdonados, redimidos, independientemente de nuestros límites e imperfecciones. ¿Cuántas formas de vivir la religión tiene el mexicano? en esencia una sola que es la que nos convierte en huérfanos, en ese ser abandonado,

mutilado, incapaz de pensar, sólo de <comulgar> en la fiesta, el despilfarro, la comilona.

No puede haber más que una forma de vivir nuestra religiosidad en la medida que nuestra moral esta impregnada o diseñada a partir de la religión, como ya señalamos, todas las esferas de la realidad a la que nos enfrentamos se fortalecieron o se legitimaron a partir de valoraciones emanadas del catolicismo imperante en el país desde el México colonial. Así la religión está presente en nuestros más íntimos secretos, en ese ser consigo mismo, o en términos de Sartre, en la elección de <nuestro ser en el mundo>.

<Nuestro deber ser> se encuentra impregnado de la sustancialidad que nuestra religión nos marca. Nuestros ideales, nuestra historia ..., todo nuestro <ser>, se encuentra estrechamente vinculado a una religión que además, nos vuelve todo estoicos. Pero la religión no puede evadirse por más que se quiera, contamina nuestra modernidad, desde todas sus apariciones. Vivimos y recibimos la bendición desde el altar de la iglesia hasta el nicho de nuestro hogar donde colocamos las imágenes sagradas. Otro importante altar está en nuestros hogares mexicanos en ese lugar que destinamos a la televisión para reinar en la vida del privilegiado que tiene la suerte de adquirirla. La televisión es la máxima autoridad moral después de la Iglesia. Incluso los líderes de opinión producto de esta institución gozan de una mayor credibilidad de la que goza cualquier político o funcionario público. Por ello algunas de las principales vírgenes del

presente nacen de la “sublime” imagen que genera este “bondadoso” medio de comunicación.

Así la moral de la religión católica es explotada desde todas las tribunas posibles impregnando y legitimando casi la totalidad de la estructura social. Por qué entonces la sorpresa el desencanto por ese mexicano de actos de absurda abnegación si la estructura valorativa de la religión invade nuestra vida cotidiana. Por lo tanto debemos cuestionar, cómo se puede escapar a ese <ser religioso> cuando la religión impregna hasta las más insignificantes apariciones e instituciones que conforman nuestra estructura social.

Cómo escapar de una religión que está presente en los rituales de paso, en los rituales patrióticos, en los rituales cotidianos, si es una defensa frente a lo desconocido, si es la portadora del milagro para los héroes y heroínas que la cultura de masas nos inventa a diario, si es la promesa del paraíso ante el infierno cotidiano. Cómo cambiar la rutina de un espectador mexicano que frente al televisor, dócil y entregado percibe una realidad virtual que produce y reproduce mitos siempre entre dos realidades irreconciliables y en pugna, el bien y el mal representados en seres predestinados y mortales que pertenecen al mundo profano. ¿Acaso no es esta dicotomía la que nos lleva irremediabilmente a creer en todas estas ficciones?.

Es cierto que los mexicanos buscamos cada día la redención y el perdón, pero no sólo en lo divino, también nos crucificamos en la tierra por la conmiseración y la aceptación <en la conciencia del otro>.

para los mexicanos, como para todos los hombres modernos, “el infierno es la mirada del otro” (Sartre, 1989:104). No solo ganamos el cielo, también <nos elegimos buenos> sin importar el sacrificio. El verdadero mexicano católico nunca sabrá dar prioridad a sus necesidades, siempre estará primero <el otro>. Sin embargo esta actitud no está dada por nuestra ‘esencia histórica’, sino resultado del abuso que se ha hecho es los símbolos religiosos para legitimar las transformaciones en la estructura social y las instituciones que surgen desde esa nueva sociedad.

Es innegable que el mexicano vive una fe ciega pero no menos absurda de la que viven los estadounidenses la diferencia estriba en que el mexicano se convierte en ‘un Dios misericordioso’. Y su desgracia radica en que estas creencias le han permitido al poder legitimarse para que el mexicano continúe existiendo en condiciones adversas. ¿De qué se valió Fox?, precisamente de estas creencias y el poder de los medios de comunicación. Como todos los excesos llevan a tocar los polos contrarios de la realidad, los mexicanos encontramos nuestro reflejo en un Dios crucificado así en ese <ser> inferior; que siempre está ahí, frente al altar los domingos en la iglesia y frente al televisor. Como buenos, católicos nos enseñaron a mirar <lo que somos> únicamente a través de la mirada divina y por la mirada ajena, incapaz de inferir sobre una realidad que desde el lugar en que se encuentra no podemos reconocer fielmente.

Entre los mexicanos continúa existiendo <ese ser> que vive y entiende al mundo a partir de los juicios que la religión le marca. Para

el mexicano la realidad no la crean los hombres comunes, su actitud de resignación, en contra de lo que se piense, es un sentimiento de superioridad aunque para demostrarlo le sea necesaria la resignación ante la adversidad y una fe ciega incapaz de cuestionar las leyes de Dios y de los hombres.

Si profundizamos en el tema de las exigencias y la moral católica caemos en cuenta que produce seres capaces de trabajos extenuantes y si buscamos en la historia y el presente de los mexicanos encontramos que no es esa caricatura creada por los estadounidenses que puede suponerse, es una equivocación que surge por las formas de vida productiva y social completamente diferentes e incluso contrarias. Mientras que para uno empezaba el día y el trabajo, para el otro ya había terminado, la tierra podía descansar a la luz del sol y bajo la sombra del sombrero. Octavio Paz, contribuyo a reafirmar esa imagen del mexicano entregado a contemplar, a soñar, ver pasar la vida. "... grita o calla, apuñala o reza se echa a dormir cien años...". (Paz, 1974:17)

Reflexionar sobre la identidad del mexicano nos conduce al Laberinto de la Soledad y este a su vez nos remite a establecer la discordancia entre la realidad y la ficción sobre la influencia de la religión en la identidad y el papel que la religión juega en la orientación y los fines de su acción a la que Octavio Paz se refiere en esta obra. En la identidad del mexicano nos parece encontrar una clara concordancia con las ideas Durkheim y Weber. Quizás la influencia en

Paz no necesariamente fue directa, sin embargo sintetizamos lo más relevante del pensamiento que sobre la religión tiene estos autores de la sociología clásica con el propósito de fundamentar dicha coincidencia de ideas, así como replantear el papel que juega la religión en la identidad del mexicano.

B) El papel de la religión en Durkheim*.

Para Durkheim la religión nace de la representación que el hombre conforma del mundo, así pues, no existe religión nacida de la falsedad, es en realidad a través de esta que el hombre crea ciencia, puesto que en estas creencias están representados los valores sociales y su primordial fundamentación consiste en reproducir dichos valores y por lo tanto, a la sociedad misma. Así la religión es un todo conformado por partes: mitos ritos, dogmas y ceremonias que la tornan compleja. Los fenómenos fundamentales son: las creencias y los ritos.

Los ritos, nos dice Durkheim, no pueden ser diferenciados, ni definidos fuera de las prácticas morales, es decir, que al igual que se prescribe una regla moral se dictaminan los ritos y, su objetivo

* *Durkheim produce un esquema general acerca del papel que juega la religión en una estructura social, así como el papel que ha desempeñado en el desarrollo de las sociedades en **Las Formas Elementales de la Vida Religiosa**, su trabajo lo lleva a cabo a partir de las aportaciones de una investigación que no era suya, con la cual verifica sus propias ideas sobre religión a través de un análisis comparativo entre la religión en sociedades “primitivas” con la religión de la sociedad “moderna”. La principal fuente emana de una tribu primitiva australiana, los arunta. (Ritzer, I-1998: 225)*

fundamental es la creencia, en este sentido no se podrá definir un rito sin definir la creencia. Los ritos serían en este caso modos de acción determinados por la creencia, así el rito cumple con una función de restablecimiento de los valores sociales de un individuo, un grupo o una sociedad en su conjunto.

Los dos aspectos fundamentales de todo rito serían lo profano y lo sagrado o mejor dicho, derivan de estos dos elementos. Los ritos negativos y los positivos están marcados por interdicciones que toda religión contiene en una heterogeneidad de actos rituales. Los actos negativos se componen fundamentalmente de abstenciones; prohíben ciertas formas de actuación. Existe otro orden de interdicciones religiosas que son las que separan lo profano de lo sagrado. Por ejemplo, el hecho de que no se puedan acercar los familiares al muerto implica una interdicción negativa; ahora bien, los ritos que convierten lo profano en un ente para tener acceso a lo sagrado, conforman los ritos positivos.

La ambigüedad de lo sagrado estriba en que las fuerzas sociales o religiosas - ya que lo religioso no es otra cosa que la representación del ser social- son benefactoras y a la vez malas e impuras, por lo tanto lo sagrado al llevar implícito lo puro e impuro se torna en ambigüedad.

Lo sagrado podríamos concluir, es la representación del ideal de la sociedad, en la autorepresentación del nosotros social. Los ritos son reglas de conducta que prescriben cómo debe comportarse el hombre en relación con las cosas sagradas. Así el culto negativo es el medio

para preparar el camino hacia lo sagrado, para tener acceso al culto positivo, separando lo profano de lo sagrado. Lo que contamina según Durkheim es la acción misma, el proceder o procedimiento, y éste se distribuye por todo y en todo y, sólo a través del culto negativo –que implica sufrimiento, abstención- es como el hombre o el grupo social logra purificar, confiriendo poderes eficaces.

Los ritos tienen como función mantener o rehacer ciertas situaciones mentales en el grupo con cierta periodicidad, mantiene pues las representaciones colectivas, en ese sentido las interdicciones como parte de la religión o mejor dicho, la religión misma para Durkheim, mantiene el curso normal de la vida social. (Durkheim, 1988)

C) Durkheim y la función del ritual.

Durkheim señala que la función del ritual es el restablecimiento de la creencia que permite la cohesión de los individuos al interior de la estructura social. Por esto la creencia determina el tipo de ritual que mantiene viva la creencia.

Todo ritual es un acto comunicativo en donde no es posible separar el lenguaje verbal del no verbal, lo que convierte a la conducta comunicativa del individuo en una conducta ritual y simbólica. Así el ritual condensa la información y por lo tanto es un mensaje que tiene secuencias estructuradas, es reiterativo, redundante cumple con una periodicidad determinada.

Ya que el ritual se mantiene de conocimientos interiorizados con anterioridad no necesita producir nuevos significados por lo tanto no se requiere de un lenguaje diverso. La secuencia y reiteración en el mismo ritual anula las palabras

En la medida que los ritos son redundantes y se vale de diversos medios heurísticos no sólo cumplen la función de legitimar a toda la estructura social, sino a una parte de la estructura social, por lo tanto pueden trasladarse a las actividades particulares de los individuos. (Gennep, 1986)

En la medida que la religión conforma un todo simbólico que lleva implícito el patrón de las relaciones sociales, el rito resulta ser un acto cohesionador que mantiene y reproduce los axiomas y creencias que comparten los hombres de las sociedades religiosas, no es válido tachar de irracional la organización de la estructura social de ninguna sociedad profundamente religiosa ni las acciones y creencias de los sujetos. Sucede que difícilmente es posible contemplar la totalidad simbólica a la cual pertenece el ritual de la práctica religiosa. (Gennep, 1986)

1.- Otras funciones del Ritual.

En la práctica ritual se permite la transgresión, la violentación de todas las normas, leyes sociales, e interdicciones del cosmos sagrado, en suma de todas aquellas prohibiciones que la sociedad impone. Esta transgresión es claramente identificada en todas las sociedades del

mundo moderno, pese a que se pretendió afirmar que eran particulares de las sociedades primitivas. Durkheim no estudia a profundidad el papel que juega esta transgresión en la práctica ritual, sin embargo la señala como un elemento que permite al sujeto regresar al desempeño de su actividad diaria con una creencia más firme. Al parecer para Durkheim este desahogo en la violentación de lo establecido es lo único que le permite soportar al sujeto las prohibiciones e interdicciones, así como la carga de las actividades que desempeña dentro de la estructura social durante un ciclo más. (Durkheim, 1988)

“El pobre mexicano, —a diferencia del individuo de los países ricos que tiene otras cosas que hacer — ¿cómo podría vivir sin esas dos o tres fiestas que lo compensan de su estrechez y de su miseria?...a través de la fiesta la sociedad se libera de las normas... nos aligeramos de nuestra carga de tiempo y razón.... el caos regresa y reina la licencia. Todo se permite: desaparecen las jerarquías habituales, las distinciones sociales, los sexos, las clases, los gremios. Se ridiculiza al ejército, al clero, a la magistratura... el amor se vuelve promiscuo. A veces la fiesta se convierte en misa negra... nuestras fiestas son rupturas violentas con lo antiguo o con lo establecido.” (Paz, 1974:43-48)

Puede observarse que existe una concordancia en la función del ritual de las sociedades primitivas del que parte el trabajo de Durkheim, con respecto a las que Octavio Paz observa en aquellos rituales que efectúa el mexicano en determinadas festividades religiosas o

patrióticas. Indudablemente es cierto, para el mexicano los rituales que lleva a cabo a lo largo de su vida son muy importantes. A través del rito el mexicano renueva y confirma sus creencias y valores. El ritual es una acción social que lo cohesiona a la realidad externa. Asimismo que en la práctica ritual violenta lo establecido y por medio de esta transgresión es capaz de soportar la miseria y estrechez de su vida. Sin embargo en ninguna sociedad del mundo parece haber sido superada la necesidad de la práctica ritual, ya en sociedades primitivas, tercermundistas del primer mundo, el rito es un elemento imprescindible para encontrarse identificado con su realidad externa, legitimarla, renovar sus creencias y producir nuevos valores, con sus muy particulares formas de llevarlo a la práctica.

2.- Ritual y modernidad.

El ritual es una acción social, como Durkheim lo señala, pero también es una acción individual y compleja, no sólo tiene la función social de cohesionar y mantener viva una creencia. Los rituales están inscritos en las actividades personales de los individuos, ajenas a cualquier otro sujeto que no sea el mismo, como un rito negativo que confiere poder al sujeto para alcanzar lo positivo. (Turner, 1988)

La modernidad altera de manera radical la naturaleza de la vida social cotidiana de los individuos y afecta los aspectos más personales de nuestra experiencia, señala Giddens. De manera tal que una parte importante de los individuos, de las sociedades, de la modernidad sienten insignificancia personal o que su vida no tiene nada valiosos

que ofrecer, han perdido la posibilidad de mantener una identidad coherente e identificada con el mundo social que los rodea. Sucede que la organización de las instituciones modernas, entre otras cuestiones, crean posibilidades de emancipación pero a la vez, como manifiesta Giddens, la supresión más que la realización del yo.

En la modernidad el individuo vive en un mundo único donde no existe distancia para el riesgo, es decir vive la angustia de las amenazas que ha generado el desarrollo tecnológico y científico, por ejemplo, la degradación ecológica o las armas nucleares, mientras al mismo tiempo que vive la angustia de su particularidad.

El individuo vive entre el riesgo y la incertidumbre, se enfrenta a una multiplicidad de opciones pero sin ninguna seguridad, carece del conocimiento total sobre su elección la cual se encuentra más sujeta al abandono en la fe que en el conocimiento. La racionalidad y la ciencia no brindan ninguna certidumbre al sujeto social.

El sujeto de la modernidad es un ente activo que responde a las transformaciones de la estructura social y a su vez produce mecanismos para afrontar la incertidumbre y el riesgo que encuentra en su realidad externa. Por ello, como Giddens observa, los cambios provocados por las instituciones modernas se entretajan directamente con la vida individual y por lo tanto con el yo. El individuo de la modernidad tardía genera formas de vida racional, pero una parte importante de ellos, tiene la necesidad de volver la mirada a los mitos

fundacionales característicos de las religiones, a las prácticas mágicas y rituales que le otorgan sentido a su vida y al mundo.

A pesar de que Giddens señala que en las sociedades modernas el yo se convierte en un proyecto reflejo y que las transiciones en las vidas individuales han exigido siempre una reorganización psíquica, algo que en las culturas tradicionales solía quedar ritualizado en formas de ritos de paso por medio de los cuales, los cambios en la identidad quedaban claramente marcados, sin embargo, en las sociedades modernas esta transición se lleva a cabo como parte de un proceso reflejo para vincular el cambio personal y social. Esto es verdad, no pretendemos negar que no suceda, pero si parece necesario replantear hasta donde se ha perdido en el mundo moderno la práctica ritual. (Giddens, 2000)

Sin bien es cierto que los ritos de paso en la transición de la vida personal y social, de los individuos del mundo moderno, pierde la importancia y trascendencia otorgada en sociedades tradicionales, no quiere decir que en las sociedades modernas se haya prescindido de ellos. Estos ritos de paso continúan celebrándose en el mundo indefinido y abstracto de la modernidad, ejemplo claro de estos son las bodas, los quince años, graduaciones... pero también es importante no olvidar que los rituales de paso no sólo son utilizados para cambios tan trascendentes en la vida social de los individuos, Van Gennep, hace referencia a que el rito de paso (por ejemplo, el de salutación o saludo) ha formado siempre parte de las convenciones sociales en la vida cotidiana de los sujetos. En el mundo moderno podríamos llamarlos

modales, buenas costumbres, actitud civilizada...pero no dejan de ser un rito de paso para tener acceso a un lugar determinado, a entrar a formar parte de un grupo, en las relaciones con los amigos y amorosas, a las instituciones, el área de trabajo, la familia, los amigos... pero además la modernidad nos exige controlar y ejercer coerción sobre el cuerpo, por ello se convierte en el principal instrumento representación y práctica ritual que es la re-presentación de lo que soy o pretendo ser.

Parece que en condiciones de modernidad los sujetos a través del ritual pueden darle un sentido a la existencia, producir y reproducir una identidad mágica que la realidad virtual de los medios de comunicación han creado, al humanizar lo imaginario y sobrenatural.

Una parte importante de los sujetos del mundo moderno se valen de la práctica ritual para reafirmar creencias, mitos y valores necesarios para no caer en la inseguridad frente a un mundo que impone estilos de vida estandarizados, una profunda desigualdad entre individuos y grupos sociales.

El ritual del hombre moderno, como todos, condensa creencias, valores y símbolos que le confieren la posibilidad reafirmarse en el mundo exterior, de comunicarse sin palabras, reforzar y reiterar un idéntico mensaje, de ejercer dominio y coerción sobre su cuerpo.

El cuerpo del sujeto moderno es el principal instrumento de esa práctica ritual que lo salva de la inseguridad. Estos rituales del mundo

solo pueden ser eficaces sin la participación de los otros pero frente a ellos. Tal vez por esto “Las masas modernas — le parecen a Paz —aglomeraciones de solitarios” (Paz, 1974:43)

Caemos en cuenta que la magia, el ritual, el animismo y el poder de la religión a cobrado un nuevo ímpetu en el mundo moderno. Resulta que los ángeles pueden vivir en la tierra, aligerar la pesada carga de la culpa y el pecado. El Santo Padre desde cualquier parte del mundo puede bendecirnos o condenar la miseria y desamparo en que nos encontramos. ¿No será que en plena modernidad es cuando realmente somos irreflexivos como para lograr nuestra independencia a partir de la acción racional?.

D) La influencia de la religión en la acción del sujeto social en Max Weber.

Para Max Weber la religión se transforma en una institución una vez que se ha legitimado, por lo tanto determina y modela las acciones de los hombres impidiendo la acción racional del sujeto en aquellas sociedades que cuentan con una religión como la católica.

El desarrollo de las sociedades desmiente a Weber, ya que no toda religión implica un impedimento para la racionalidad humana, sin embargo en el estudio que realiza sobre las religiones de sociedades ‘primitivas’ al igual que Durkheim, compara las características de lo que cree son profundas diferencias que impiden del desarrollo de unas y el estancamiento de otras, entre las que señala como religiones no

racionales encontramos a la religión católica y a la protestante como aquella que conduce al desarrollo. Es este mismo patrón comparativo lo realiza Octavio Paz para valorar la influencia de la religión en la acción de los estadounidenses y la católica en los mexicanos.

Para Weber, en la religión católica la magia, el conjuro divino, la contingencia y la “tabuización” mágicamente condicionada, se continúan. Primero porque afirma su fe en una contingencia histórica y mantiene el importante papel del sacerdote, el cual mantiene en cierta forma el papel que desempeña el mago en sociedades más primitivas, además es el dueño del poder de curar las almas, adquiriendo un fuerte poder en el modo de vivir de los creyentes e influencia en su vida cotidiana, esta importante forma de control sobre la mentalidad de los individuos, corresponde al carácter ético que posee la religión y su dominio, según Weber, es paralelo al desarrollo de la sociedad, o sea evita su desarrollo.

“La casualidad histórica hizo buena a la fe profética, firme como una roca, pero probablemente irónica, de Isaías, de que su Dios no dejaría caer a Jerusalén en manos del ejército Asirio si el rey permanecía firme, fue desde entonces el fundamento inquebrantable de la posición de este dios lo mismo que la de sus profetas. No ocurrió otra cosa con los fetiches preanimistas y con el carisma de los dotados mágicamente. El mago puede expiar su fracaso con la muerte, la ventaja de la clase sacerdotal respecto del mago está en que puede pasar al Dios la responsabilidad del fracaso. Pero al hundirse el prestigio de su Dios también se hunde el suyo. Ocurre entonces que

encuentra medios convincentes para interpretar la falta de éxito en el sentido de adscribir la responsabilidad no ya al Dios, sino a la conducta de sus adoradores. Y esto favorece también a la concepción del servicio divino del culto, frente a la “coerción de la divinidad”, frente al conjuro. Los creyentes no han honrado lo suficiente al Dios... por esto no atiende a sus plegarias (Weber, 1989: 352).

El tabú esta sustentado en una prohibición mágica, en una dualidad entre el bien y el mal, entre lo profano y lo divino, y por lo tanto actúa como vínculo. Violentarlo no sólo genera la exclusión de la comunidad, el castigo divino. Todos los hombres de una religión que se sustenta en el tabú se encuentran separados del desarrollo económico en función de que “son extraordinariamente grandes las trabas al comercio y al desarrollo de la comunidad de mercado... la consagración ética de este racionalismo económico del ‘empresario’, es algo que corresponde a la ética del protestantismo ascético” (Weber, 1989: 353).

Este ascetismo no está presente en la religión católica y sólo es parte fundamental del protestantismo, el cual tiene características especiales. El creyente católico carece de ellas y la razón según Weber estriba en que existe una especie de cuenta abierta generada por el pecado, la transgresión de la norma divina, así “Esta especie de cuenta abierta ha sido también la concepción popular Judía respecto de las relaciones del individuo con Dios. Y finalmente, se aproxima, al menos en la práctica, el catolicismo romano...según la teoría del pecado del catolicismo, para apreciar moralmente la acción, no es una cualidad

unitaria de la personalidad, cuya expresión sería la acción, sino que, un poco a la manera de la bona fides, mala fides, culpa dolus del derecho romano, representa el “modo de pensar” en la acción concreta popular. Cuando esta concepción es consecuente renuncia a la exigencia de un “renacimiento” en el sentido estricto – del estado de ánimo permanente – de la ética de la convicción. El modo de vida es, en este caso, una sucesión sin método ético, de actos particulares... quiere decir que en lugar de la santidad de la obra, obtenida por actos singulares, tenemos el valor del habitus total personal, las obras sociales, sea cual fuere su apariencia. Si se trata de obras de “amor al prójimo” la sistematización exige la posesión del carisma de la “bondad” (Weber, 1989: 425)

El ascetismo para Weber es de dos tipos: ultramundano e intramundano, este último, implica un conjunto de normas y valores que obliga a los creyentes a trabajar dentro del mundo, al no rechazar las cosas del mundo y urgir activamente a sus miembros para que trabajen dentro de este mundo para abrazar la salvación o al menos signos de ella sistematizando la conducta mientras que el misticismo y ascetismo ultramundano son sistemas ideológicos que impiden el desarrollo del capitalismo y de la racionalidad al conllevar a la autocontemplación e inactividad.

¿Qué diferencia existe entonces entre querer ser Dios y creer ser el elegido de Dios, y cuál es la diferencia entre la acción de uno y de otro, si las dos formas de pensamiento religioso se sustentan sobre la base de la legitimidad social y el trabajo mundano, o beneficio social?.

Para Max Weber la respuesta se encuentra en la cualidad ético social de la acción, que viene a ocupar un segundo lugar en el católico y lo que a este le importa sobre todo es la obra religiosa operada en su propia persona y las buenas obras sociales calificadas religiosamente no son más que medios de autoperfeccionamiento o métodos de salvación.

A diferencia de quien orienta su autoperfeccionamiento con la contemplación, la inactividad o la acción social para la salvación ultraterrena, se genera otro espíritu que racionaliza su acción y la orienta para el desarrollo social, económico y de beneficio, a este tipo de espíritu que Weber llamo espíritu del capitalismo surge de la racionalización de la religión, que llevó a la formación de la ética protestante a la que se debe el surgimiento del capitalismo.

Desde la perspectiva de Weber, la evidencia de que el protestantismo es significativo se funda en la observación de los países cuyos sistemas religiosos están mezclados; al fijarse en tales países, descubrió que los líderes del sistema económico –los grandes magnates, los dueños del capital, los trabajadores altamente especializados y el personal tecnológica y comercialmente más preparados- eran todos predominantemente protestantes.

Esto quería decir que el protestantismo fue una causa significativa en la elección de esas profesiones y, a la inversa, en otras religiones (por ejemplo el catolicismo romano) fracasaron en la

producción de sistemas ideológicos que impulsaran a los individuos hacia esas vocaciones. (Ritzer, II -1998: 291)

1.- Weber y Paz.

Para Weber y Paz existen religiones, que como el catolicismo romano, generan una actitud sólo contemplativa hacia el mundo y no de transformación. Paz lo manifiesta al definir las actitudes del “Pachuco” (Paz, 1974:21) una concordancia con las ideas de Weber radica en las diferencias que existen entre las dos formas de ascetismo — intramundano y ultraterrenal —, y el misticismo, sin embargo no son las únicas coincidencias al respecto. En el caso del mexicano, se sumaría, según Paz el sincretismo religioso. (Ritzer, I-1998: 323)

Lo sagrado es lo perfecto, lo perfecto lo verdadero y lo verdadero es racional y científico, el ideal social de los de la modernidad tiene este mismo patrón, los católicos independientemente que el sentido de su vida se defina por alcanzar la vida eterna y ultraterrena, su acción para lograrlo debe de objetivarse en la realidad externa objetiva, por lo tanto al igual que la del protestante esta orientada al mundo terrenal.

La religión no es la principal causa que limita el desarrollo del mexicano y de la sociedad pero según Paz, “Nuestra soledad tiene las mismas raíces que nuestro sentimiento religioso —mientras— ellos son modernos, nosotros, como sus antepasados, creemos en el pecado y la redención de la carne”, lo que significa una contradicción entre el

laberinto de la soledad, la religión, la acción racional, el mexicano y la modernidad. (Paz, 1974:19)

Paz no pretende ser científico, y no lo es, pero juega con los paradigmas de la ciencia social y genera a partir de sus especulaciones una identidad imaginaria del mexicano. Sucede que al momento de escribir *El Laberinto de la Soledad*, Octavio Paz, cree firmemente en el mito de la racionalidad y avance científico como los elementos primordiales para la construcción de una sociedad ideal. Esta utopía surge del pensamiento moderno.

De tal suerte que aunque Weber no este presente ni en su conciencia ni en su texto, comparte con él, la idea de que la racionalidad estriba en determinar y calcular los medios más eficaces para lograr un fin determinado, una racionalidad que debe operar no sólo en la técnica, sino también en la organización de la sociedad moderna.

En el caso exclusivo del mexicano considera Paz, — y Weber estaría de acuerdo—, que al profesar una extrema fe católica debe considerarse incapaz de un desarrollo racional. Esta idea de Paz contribuye a que todavía exista en la imaginación de los mexicanos la creencia de superioridad racional y biológica del hombre occidental frente a la propia.

Paz no toma en cuenta que en la producción y reproducción de la identidad, el individuo es un agente activo que interactúa de forma

dialéctica con su entorno, por lo tanto si de lo que se trataba era de producir una nueva sociedad se debió de implementar una política incluyente de todos los sectores de la población y no excluyente.

Cualquier transformación debe considerarse como un proceso que además de considerar el tiempo y el espacio sea uniforme y equivalente entre el sujeto y las estructuras.

En México no fue así y como en otros países con las mismas características de desfase la legitimación se ampara en creencias y valores sólidamente establecidos y legitimados por la sociedad. Particularmente en este país se realiza a partir de la estructura, los símbolos y los valores de la religión.

Este fenómeno de legitimación se ha repetido a lo largo de la historia nacional desde la conquista española hasta nuestros días, cuestión que es verificable a través del análisis de nuestro pasado particularmente en los movimientos políticos y sociales más importantes en donde se hace un uso indiscriminado de la religión buscando la legitimidad. Por ejemplo Hidalgo al tomar el estandarte de la Virgen de Guadalupe como bandera — hecho que reproduciría casi doscientos años después Vicente Fox — carga de significación precisa al movimiento independentista adquiriendo la dignidad, perfección y legitimidad. Una vez que el movimiento de independencia que proponía Hidalgo era en nombre de la ‘madre de Dios’ se traduce en ‘misericordia y justicia divina. Razón por la cual él ‘padre de la Independencia’ es rebasado por el mismo movimiento que él

encabezara. (Ver dramas, fields and methaphors; symbolyc society human. Víctor Turner)

E) Después de la actitud religiosa, la circunstancia histórica.

Octavio Paz, como el mismo lo señala, no sólo parte de un análisis de nuestras actitudes religiosas, también del pasado histórico, sin embargo al estar fuertemente influenciado por las utopías que produce el pensamiento moderno por lo tanto el pasado le sirve de un ropaje que lo cubre más que descubrir al individuo mexicano.

Pese a que los fundamentos básicos del pensamiento moderno han sido fuertemente socavados, la realidad imaginaria que brota de estas ideas aún permanecen, por ello nos parece real ese imaginario mexicano que vemos reflejada en el espejo empañado del laberinto de la soledad.

Para Octavio Paz, “al igual que el chino, el indostano o el árabe, somos herméticos e indescifrables, porque al igual que ellos, arrastramos en andrajos un pasado todavía vivo... Un hecho histórico no es la suma de los llamados factores de la historia, sino una realidad indisoluble. Las circunstancias históricas explican nuestro carácter en la medida que nuestro carácter también las explica a ellas. Ambas son lo mismo. Por eso toda explicación puramente histórica es insuficiente — lo que no vale decir que sea falsa.” (Paz, 1974:59,65)

A Paz le falta añadir que también las exigencias y los intereses del contexto histórico llevan a quien hurga en el pasado a valorar de manera parcial, según lo exigen sus circunstancias históricas y el lugar desde donde mira hacía el pasado. Por ello no podemos dejar de abordar las circunstancias históricas en que a Paz, y otros intelectuales, les preocupa interrogarse por “ese que somos”.

IV. LA IDENTIDAD DEL MEXICANO COMPROMETIDA CON EL CAMBIO HISTÓRICO DE LA NACIÓN

“La soledad del mexicano bajo la gran noche de piedra de la Altiplanicie, poblada todavía de Dioses insaciables...En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. La realidad, existe por sí misma, tiene vida propia y no ha sido inventada...El mexicano se siente arrancado del seno de la realidad, a un tiempo creadora y destructora, madre y tumba. Ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas esas cosas que

Cuando se intenta mirar hacía atrás, es decir, al pasado, el propósito real estriba en dar respuesta acerca de las acciones realizadas por quienes nos anteceden en el tiempo y el espacio, y sólo podemos lograrlo interpretando documentos que nos ayuden a dar respuesta a esas acciones ya imposibles de ser modificadas, porque como sabemos, no existe un documento, un escrito, un poema, un ensayo, una acción que no lleve implícito un fin. ¿Cuál sería el propósito de un empeño tan insistente en hallar y definir la identidad del mexicano?.

Únicamente hurgando en el pasado podíamos contestar esta cuestión, pero nuestra búsqueda no puede ser lo suficientemente detallada, no es el caso que aquí se persigue, de tal suerte que por un momento dejaremos fuera la intervención del mexicano como el actor que ha participado y participa directa y activamente en la construcción de su historia y su identidad.

A) Cuando inicia nuestra historia.

Nuestra historia no es producto de un proceso histórico lineal, sin rupturas; primero la conquista española irrumpe y termina casi totalmente con la cultura prehispánica, más adelante, las transformaciones producto del avance tecnológico, la lucha por el poder y el dominio económico y político a escala mundial, traerá nuevas irrupciones reflejadas en un movimiento independentista con constantes invasiones extranjeras e inestabilidad política acompañada de movimientos armados internos, hasta culminar con el movimiento revolucionario que terminaría por generar su antípoda, es decir, una nueva forma de dominio y explotación extranjera, con su consecuente 'nueva visión de la realidad', que sin embargo sigue amparándose en el evolucionismo decadente y un positivismo inaplicable en una sociedad como la mexicana. Más tarde, se habrían de incorporar los avances del pensamiento occidental, que generarían un antipositivismo que se hace patente en las nuevas generaciones de la elite intelectual del país, las cuales se apoyan principalmente en la psicología, la filosofía existencialista y la circunstancialista de Ortega y Gasset, principalmente.

Pese a las evidencias de la discontinuidad histórica en México, existen contradicciones para ubicar el momento preciso de su gestación, para algunos este México inicia con el estado azteca. La conquista no lo interrumpe, al contrario provoca la gestación del movimiento armado que habría de llevar a la independencia y la formación de la nación. Para otros la continuidad entre el México prehispánico y el moderno sólo debe ser buscado en los museos, ya

que la depredación de la cultura prehispánica llevada a cabo por los conquistadores hace imposible la supuesta continuidad histórica neciamente buscada en el carácter del alma mexicana. Para Paz, la nación no es producto de la historia lineal y de un proceso de desarrollo normal, aunque existe continuidad esta llena de interrupciones y superposiciones que amalgaman “distintas razas, lenguas y niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia, otros como los Otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entrediboran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven católicos de Pedro el ermitaño y jacobinos de la era terciaria. Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aún las antiguas, manan sangre todavía. A veces como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otra, en una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones o sensibilidades enemigas o distantes”. Con lo cual reúne ambas posturas frente al proceso histórico de la nación, por un lado lo determina como lleno de interrupciones y por el otro, es una amalgama de saberes y símbolos, de sensibilidades enemigas o distantes, dándole carácter de una continuidad sincrética. (Paz, 1974: 10-11)

El motivo de tales diferencias respecto a cuál es el momento histórico del que se debe partir para definir la identidad del mexicano, es producto de dos necesidades históricas diferentes. La primera es una preocupación por la reconstrucción de la identidad del mexicano y

se remonta a Ezequiel Chávez, Andrés Molina Enríquez, Justo Sierra, Carlos Trejo, Lerdo de Tejada, Manuel Gamio; permeados del espíritu positivista, que conciben a la cultura occidental como ideal, y por ello valoran como inferior toda manifestación cultural indígena, para anularla, en el mejor de los casos, se penso en el mestizaje, en el más negativo, se considero la posibilidad de expatriarlos.

Un país que viene arrastrando una raza inferior y tan desigual a la occidental, según estos pensadores, impedía la construcción de un México civilizado y cohesionado como para lograr una nación, que además de libre e independiente, fuese desarrollada e integrada por individuos que comparten los mismos ideales.

B) La década de los treinta.

Para la década de los treinta aparece una nueva necesidad histórica, si bien la firme creencia en la evolución de la raza humana y la concepción del futuro como teodicea no han desaparecido entre la nueva elite intelectual, así aparecen las posiciones antipositivistas de jóvenes como Antonio Caso y José Vasconcelos. La preocupación por la cohesión social y el desarrollo del país está presente en dos proyectos diferentes, por un lado, el de una clase social que busca definir un solo perfil cultural en México y, por el otro lado, un estado recién instaurado en el poder que requiere de una 'identidad nacional', por lo tanto, no es casualidad que en esta década aparezca una importante producción socio-filosófica y psicológica sobre la identidad

del mexicano, pero contagiada del pesimismo cultural generado por la sociedad industrializada.

Entre las obras que más influyeron se encuentra, *La Raza Cósmica* de José Vasconcelos y *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*, en este trabajo, Samuel Ramos define al mexicano a través de lo que él consideraba su principal rasgo, un complejo de inferioridad, en un intento por llevar a cabo un análisis psicológico de corte adheriano, define a un ser agobiado por este complejo de inferioridad al grado que le impide concretizar sus propias potencialidades. (Ramos, 1994)

A diferencia de esta obra, la tesis Vasconcelista se funda en realidad en una utopía. Para Vasconcelos las Américas son el escenario donde, en la 'quinta y última fase de la evolución de la raza humana', germinará la 'raza universal superior' por medio del mestizaje, que habrá de llevar a cabo el cumplimiento de su inevitable 'destino manifiesto' que consiste en la transformación del mundo entero, pero principalmente de la realidad hispanoamericana. Está fantasía Vasconcelista buscaba generar un pensamiento positivo entre los mexicanos que terminará con el sentimiento de 'inferioridad' frente al poder anglosajón, así pues, por el camino de lo irremediable, el mestizaje, Vasconcelos busca lograr que el territorio que lo vio nacer fuera poderoso, sin embargo, esta fantasía también refleja su profundo racismo que habrá de influir, hasta la actualidad, más allá de la clase social de donde realmente surge, para impregnar a las conciencias de la mayor parte de los mexicanos. (Vasconcelos, 1994)

C) El grupo Hiperión.

Más tarde se genera una tercera generación de intelectuales preocupados por la identidad del mexicano encabezada por Leopoldo Zea, a los cuales se unirá Paz más tarde, aunque de alguna manera en sus obras se encuentra cierta influencia de las ideas de pensadores como Samuel Ramos y José Vasconcelos, su trabajo esta principalmente determinado por el circunstancialismo orteguista y la filosofía existencialista de Sartre, pero lo que parece también influir es la estabilidad social, el crecimiento económico y la consolidación del estado mexicano así como, la caída del prestigio de la cultura occidental, producto de que la racionalidad como consecuencia de las atrocidades cometidas en la Segunda Guerra Mundial, lo que invitaba a voltear hacía el continente americano y, por supuesto, hacía los valores de la identidad nacional.

Lo inhumano de esta guerra es muestra clara de que el avance científico y tecnológico no necesariamente implica un avance del espíritu humano. La colonización cultural por parte de Europa parecía terminar y América parecía tener la oportunidad de crecer en este terreno.

Ahora el nuevo impulso de la filosofía de lo mexicano corría a cargo de Leopoldo Zea, el cual estuvo en sus inicios al frente del Grupo Hiperión, entre los más reconocidos de este grupo estuvieron: Emilio Uranga, Joaquín Sánchez Macgregor, Salvador Reyes Nárvaes, Fausto Vega y Luis Villoro entre otros, intelectuales de otras ramas de

las ciencias sociales, como economistas, sociólogos, psicólogos, etc. Publican la colección de "México y lo mexicano. En estos trabajos, tiene gran influencia no sólo el circunstancialismo de Ortega y Gasset, sino también su perspectiva, lo que dará el impulso de un vuelco total hacía lo "propio". "Yo soy mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo". La tesis entonces era otorgar sentido a lo que nos rodea, poner de nuestra parte las principales corrientes del espíritu humano y los motivos clásicos de la humana preocupación. Ahora no sólo México podía ser objeto de reflexión filosófica sino que era urgente que así fuera y dejar de vivir cómodamente a la sombra de la cultura europea, lo cual ya no era sólo un propósito sino una obligación hacer surgir "nuestras propias ideas". Pero así como las ideas de Ortega y Gasset fortalecieron el impulso de mirar hacía lo nuestro, Zea reconoce que "La Fenomenología –les ha ofrecido- métodos para estudiar nuestra realidad al elevarla a campos más abstractos. Heidegger y Sartre han justificado también nuestras preocupaciones por el Ser del Hombre; pero de un hombre tan concreto como es el mexicano. El grupo filosófico Hiperión encontró en Sartre el mejor instrumental para sus trabajos y la justificación de los mismos."(Zea, 1955: 255)

Para Zea además no es sólo el mirar y describir la realidad mexicana como un simple deporte filosófico, lo urgente según él estriba en que "Esta descripción, este aprecio de las líneas que escorzan nuestra existencia no puede tener otro fin que el tomar conciencia de la realidad dentro de la cual hemos de elaborar los instrumentos que nos sirven para transformarla". (Zea, 1978: 48)

Esta idea de primero conocer la esencia de lo mexicano para después desde este conocimiento lograr llevar a México hacía una nueva etapa de su historia era la idea que imperaba en todos aquellos que integraron este Grupo. Irónicamente era la tesis del estado postrevolucionario, México entraba a una nueva etapa de crecimiento según el discurso de Alemán que consideraba que en su sexenio el desarrollo industrial, la producción agrícola eran muestra clara de que el país entraba a una etapa de progreso desde el trampolín de su política. La exclusión que el estado realizaba al desplazar de su política de beneficio a grupos importantes de la sociedad, los grupos de intelectuales del Grupo Hiperión también eran excluyentes en su trabajo filosófico de lo mexicano, se ocupan de su ser, de su moral, de sus relaciones concretas. Todo ello por lo general en un plano de la abstracción filosófica que limita el análisis de los diferentes sujetos sociales que también son parte de la realidad social mexicana, por ello en sus trabajos nunca aparecen reflejados en ese ser de lo mexicano. Se trato de una abstracción que se desentiende de la diferenciación social, o apenas y la toca. Tal vez por esa aversión que tenían acerca de la capacidad científica de otras ramas del conocimiento social, José Portilla lanza una crítica abiertamente, es que también excluyen al marxismo como paradigma explicativo de la realidad social, abocándose exclusivamente a las tesis filosóficas más actuales de su tiempo.

Mientras la cultura occidental era cuestionada a través de un historicismo pesimista influido por un existencialismo que cuestionaba el futuro de la humanidad en manos de un crecimiento desmesurado

de una sociedad de masas que evita al sujeto toda posibilidad de razón. Era el momento de partir de “nuestra concreta y muy particular realidad para encontrar aquello que es universal en el hombre y legitimar así su valor universal.

Fue imposible que la filosofía de lo mexicano no tocará directa o indirectamente la política, estos intelectuales empeñados en encontrar nuestras diferencias y esencialidades para llevarnos hacia el camino de la superación espiritual tuvieron que conciliarse con el panorama político, en algún momento Leopoldo Zea manifestó esta coincidencia con los ideales de la revolución que buscaron instaurar una nación con crecimiento económico y social e instaurar así su independencia y reconocimiento a nivel internacional. (Zea, 1978)

Esto no quiere decir que toda esta producción intelectual haya estado inspirada en una conspiración entre el Grupo Hiperión y el estado Mexicano, si bien es cierto como señala Roger Bartra: “Esos rostros del arte primigenio están allí para que nosotros, mexicanos modernos, nos reconozcamos en ellos y veamos reflejada su otredad la parte enterrada y oculta de nuestro ser nacional. Se trata de un viejo y conocido tópico de la historia del arte, pero en México fue refuncionalizado desde mediados del siglo por la frenética búsqueda de “lo mexicano” que acompañó el boom modernizador de la posguerra... Contra las apariencias, se decreta que nuestra raíz está más en las figuras de los códices prehispánicos que en los versículos del Antiguo Testamento” (Bartra, 1990: 16). La mayor parte de los caos forman parte de un conjunto de mitos articulados en torno a “lo mexicano”,

independientemente que sean un producto intelectual así “A diferencia de lo que una interpretación weberiana de la sociedad pareciera sugerir, la sociedad moderna no ha dejado de generar mitos. Uno de esos mitos es, precisamente, el mito del carácter nacional.” (Bartra, 1990: 17)

Aunque fundado sobre el desarrollo científico y racional todo estado moderno ha requerido para su legitimación una estructura mítica con capacidad de trasladar los referentes simbólicos a nuevos campos, convirtiendo así al estado en “sujeto de acción” y representación. De otra manera la “identidad nacional” no podría ser parte de la realidad subjetiva de los actores sociales.

Es ahí de donde surge la continuidad histórica, en el símbolo cargado de la forma, a través de ese puente ficticio se descubre “el alma de lo mexicano”. Un complejo proceso cultural en donde el mexicano moderno concilia lo irreconciliable.

Esta reconciliación toma sentido una vez que en los principales rituales las formas de manifestación cultural se trasladan a lo nacional para lograr una relación sincrética que hizo de “lo nacional” un universo simbólico autónomo y aparentemente independiente bajo un complejo proceso que dio como resultado una identificación con la nación, o mejor “lo mexicano” con la nación.

Una vez que hemos ubicado de manera muy general los dos diferentes contextos históricos en que surge esta preocupación por la

identidad del mexicano, se identifica claramente el por que y el para qué de esta búsqueda que hasta hoy no ha logrado ver culminada su primordial finalidad, lo que también indica que los límites para lograr una sociedad nueva están contenidos en una estructura social disfuncional, así como, en los vicios y abusos del poder político y económico que ha ensanchado el abismo entre la desigualdad y las posibilidades e imposibilidades para una sociedad 'fundada en la justicia, la igualdad, la dignidad y libre de mala fe'.

Pese a todo, las condiciones del México moderno ya no son las mismas, las prioridades ya no estriban en un proyecto inscrito en el futuro; la modernidad exige a la mayor parte de los individuos una búsqueda, una adscripción inmediata. La diversificación de la realidad y la incapacidad para abrazar todos los campos del saber que rodean su existencia y la modifican, hablándole de una realidad que al mismo tiempo que le es particular, es universal, deja fuera su espacio y tiempo real. El avance científico y tecnológico lo obliga al refugio, a la fe en valores y mitos que emergen del pasado, recreados a partir de esta realidad, lo que hace que la identidad, para la mayoría de los individuos sea una elección particular que logra su reconocimiento dentro de un pacto grupal, por ende, emergen nuevas identidades comprometidas con los derechos y la autonomía de una diversidad cada vez más profunda, pese a esta nueva realidad y emergencia de nuevos sujetos sociales, la identidad nacional está ahí, en las conciencias, transformada, sincrética, latente o manifiesta, los habitantes de este país se reconocen como mexicanos.

Quizás el proyecto y sus expectativas no tenían una base positiva, su principal problema es la exclusión de importantes paradigmas explicativos de la realidad social, por lo tanto, más que análisis objetivos, se llevaron a cabo sólo intuiciones analíticas pero bajo una mirada dogmática, por ello, con la aplicación de una psicología terrorista se crean emociones y valoraciones inexistentes y, por ende, una identidad de igual forma distorsionada, que en un primer momento sólo existió en la conciencia de sus críticos y que ahora, y, esto es lo importante, se ha convertido en la mirada interior con la cual nos valoramos a nosotros mismos y el parámetro con el cual cotidianamente medimos a 'nuestro prójimo'. Porque ahora que los medios de comunicación nos 'informan' de realidad influyendo y por ende, modificando nuestra vida cotidiana, al igual que Paz, concebimos al hombre moderno 'como irremediablemente integrado al progreso' pero lo interesante y contradictorio es que a esta dinámica de racionalidad también le diluimos los valores religiosos de forma aún más extrema que en el pasado reciente, integrando al mismo tiempo arquetipos del cosmos sagrado, por ello, en nuestro presente 'moderno'; ese es legitimado por una conciencia humana que no ha perdido, sino al contrario a reforzado su conciencia mítica.

D) La visión histórica de Paz desde la óptica de pensamiento moderno.

Insistimos en la influencia del pensamiento moderno en las reflexiones que Octavio Paz realiza en torno a la identidad del mexicano, asimismo, para él, la historia puede convertirse en un campo de influencia para la comprensión de la realidad y por ende, en posibilidad intervenir en ella, está seguro que el hombre puede vencer las fuerzas 'irracionales' que rigen los acontecimientos, conforme a la observancia de normas éticas.

El sujeto social es constructor de su propio destino, por ende, es síntesis y unidad última del conocimiento. Siempre y cuando, construya una sociedad secularizada, y el tiempo pierda su carácter sagrado transformándose en un tiempo 'neutro', orientado a la espera de un fin. Puesto que los mitos, tabúes, ritos y ceremonias que la religión impone evitan la trascendencia y la posibilidad de perfeccionamiento de las sociedades humanas.

De tal suerte que un hombre integrado al mundo moderno y al progreso debe encontrarse ajeno y lejano a los arquetipos sagrados, pero las sociedades más allá de la modernidad muestran otra realidad que desmiente esta concepción. En las sociedades actuales, al contrario de los que se llegó a pensar, los arquetipos y el tiempo sagrado emergen nuevamente, dejan de estar latentes y se manifiestan, han estado siempre ahí, formando parte del mundo, diluidos, trasmutados, coexistiendo en todos los tiempos y sociedades.

Así pues existe una dimensión de lo 'sagrado' que se inserta en la experiencia de los sujetos. Gracias a la cual, los individuos logran nuevas modalidades de integración e identificación, como una 'salvación' del desconcierto y, la perdida de los límites entre las diferentes esferas de la realidad. Así pues, esa capacidad de integrar y reconstruir el cosmos de lo sagrado, no sólo en asuntos distintos, sino opuestos, es que le es posible escapar del sentimiento de 'nulidad' e 'insignificancia', característico en los sujetos de las sociedades actuales.

Lo contradictorio de todo es que Paz, no sólo busca una identidad nacional a través de un análisis histórico y de 'crítica social', sino que también, busca ubicar el origen de los males y proponer un alivio a ellos, para iniciar de esta manera, el camino hacía una sociedad mexicana 'más humana' y libre de 'mala fe', sin embargo, el resultado es en realidad opuesto, los mexicanos están ciertos de su inferioridad frente al mundo, de su ignorancia, de sus vicios e inactividad. Es fácil reconocer en la concepción que el mexicano tiene de sí mismo y de su prójimo, las valoraciones que Paz hace de los mexicanos, con ellas explican la desigualdad social, que millones de mexicanos vivan en extrema pobreza, y cree realmente en la 'incapacidad' e 'inferioridad' de la raza mexicana, manifestándose como un racismo sutil.

Efectivamente, Paz logra con éxito influir en la consciencia mexicana dejar claros los límites que no ha superado a lo largo de su historia como si fueran su esencia y un producto particular e histórico,

un mal que se cura con una 'autenticidad' que sólo puede emanar de él mismo, como si su entorno fuese ya 'auténtico' por estar inscrito en 'la historia universal y contemporánea' (Paz, 1974: 172-174)

El desamparo, la profunda soledad frente a la totalidad del mundo, porque, 'por primera vez en nuestra historia los mexicanos eran contemporáneos a todos los hombres', se ensombrece aún más por el derrumbe general de la razón y la fe, de Dios y la utopía, sin nuevos o viejos sistemas intelectuales que den salida a la angustia y el desconcierto, ese era el México 'contemporáneo', el México moderno de hace más de medio siglo; con un círculo intelectual impregnado de la idea de decadencia de las sociedades occidentales, de una racionalidad que apostaba por un futuro mejor aún cuando había mostrado su lado oscuro al generar un individuo 'masa' sin voluntad y amparado en la mentira.

Pese a ello, Paz y otros intelectuales ofrecen una salida, una promesa de 'trascendencia'; una búsqueda tentativa de un mundo donde impere ya la mentira, la mala fe, el disimulo, la avaricia sin escrúpulos, la violencia y la simulación, donde el hombre no sea un instrumento, la primera fase para alcanzar tal desafío estriba en 'arrancarse las máscaras que 'nos distorsionan' y así, afrontarnos y 'empezar a vivir' y a 'pensar de verdad'.

Sin embargo, todo hombre está constreñido, obligado a respetar límites e interdicciones, su acción individual tiene el <deber> de someter sus muy particulares pasiones al 'bienestar común', o para

lograr la 'aceptación' de los otros, en una especie de no libertad, para ganar su libertad. Los dos polos opuestos están inscritos en su particularidad para aprender a doblegar lo social, lo natural, en una palabra, el mundo externo le es necesario aprender primero a dominarse a sí mismo, a ocultar sus pasiones doblegando sus instintos.

La verdadera utopía se encuentra en pensar que le es posible navegar sólo sobre una sola corriente. Freud tenía razón, en el hombre existe una lucha incontenible entre un <deber ser> y el ansia de placer, esto no quiere decir que la humanidad no tenga una esperanza para superar sus sociedades hartas de injusticia y desigualdad social, pero no es sino una tentativa individual entre el hombre y sus circunstancias, sino social y ahora universal.

El hombre ha creado todas sus instituciones a su semejanza, por ello habría que combatir 'los males' en su totalidad, no se trata de oposición de contrarios, es decir, no se trata de si el hombre es racional o irracional, bueno o malo, para de hacerlo solamente 'bueno' y 'arrancarle' lo malo; de lo que se trata es de lograr ensanchar su posibilidad de conocer y aprender, pero no al estilo o bajo el proyecto de 'educación para todos', como el que alguna vez imagino Gamio o Vasconcelos para el México de principios del siglo pasado, el problema no es enseñar a todos a hablar la misma lengua, a vivir del mismo modo, que todos sepan sumar o restar, o leer para reducir aún más su horizonte con las únicas 'lecturas' a su alcance, porque el cambio, la capacidad de aprender no está en el que menos sabe y tiene, sino en

aquellos que concentran el poder y los recursos para crear y transformar.

El problema no está en un sujeto que aún no alcanza la madurez o la libertad e independencia para pensar verdaderamente y lograr 'autenticidad'. Sin embargo la verdadera incapacidad traspasa las fronteras de lo individual, está más allá del puro pronunciamiento de sus límites, de las mascararas con las que se defiende de una realidad que le muestra su 'insignificancia', su 'nulidad'. Ciertamente es que México en unos cuantos años intenta vivir todas las facetas de la historia occidental, agota todas sus facetas y pretende sumarlas a su historia, pero es precisamente esa sumatoria lo artificial y lo contrario de un proceso natural por lo tanto adelanta la incertidumbre de los mexicanos, no para orientar sus acción hacía un solo fin. En resultado debió de ser vislumbrado, presentido por quienes soñaban con la formación de una nación poderosa. Su primer error fue empeñarse en creer que la modernidad tenía un proyecto para la producción de un sujeto moderno, sin embargo solo ofrece nuevos referentes simbólicos que con el tiempo habrían de agotarse por sí mismos; la identidad se convierte en una búsqueda necesaria y universal, su finalidad histórica se pierde en las 'neo' libres fuerzas del mercado y el capital financiero.

Así pues, bajo diferentes caminos el sujeto de las sociedades occidentales toma la misma salida, el mismo refugio para liberarse de ese 'estar fuera de lugar' de 'adscripción', y las mascararas, más claro ahora que nunca, muestran que no son un recurso particular o una actitud defensiva y original del mexicano, ese ocultamiento, ese disfraz,

ese disimularse por la carencia y el desconcierto, son universales, son la causa y el efecto de esa realidad que concentra la posibilidad de libertad y autenticidad en grupos cada vez más reducidos.

Sólo hasta hace poco más de dos décadas el tema de la 'globalización' se discute, se analiza, pero la globalización, el convertir realmente el mundo en un círculo sin rupturas, es un hecho que se origina desde hace siglos, en esa búsqueda de mercados, riquezas y poder, pero hace sólo unas décadas que ha mostrado sus profundos efectos, y debilitando las tipologías de referencia que le otorga el pensamiento moderno. Así pues, la historia humana, con la globalización, parece convertir en un mito la idea de que la historia es un pasado referente hacia la expectativa o el devenir histórico.

La voluntad, la acción positiva, la sociedad humana, que el mexicano tenía que construir con sólo señalarle 'sus debilidades' no ha llegado. Lo cual no quiere decir que no hayan surgido profundos cambios en la orientación de la acción de los mexicanos, así como, nuevas formas de organización e identidad, pero estos nuevos sujetos son emergentes y producto de una realidad moderna impredecible e inhospitable, puesto que, en contra de lo que se pudo haber pensado, la modernidad no tenía un proyecto para la formación del individuo.

Cierto es que hay una identidad distorsionada en una interpretación que no siempre fue correcta, esas 'actitudes' que del mexicano se analizan indudablemente eran, o quizás siguen formando parte de la vida cotidiana de gran parte de los mexicanos.

V. DEL LABERINTO DE LA SOLEDAD AL LABERINTO DE LA MODERNIDAD

“Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, sí, en fin, nos afrontamos, empezamos a vivir y a pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos por primera vez en nuestra historia contemporáneos de todos los hombres.”

Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*.

A) Sobre el origen de nuestra soledad.

1.- El sujeto social nunca puede estar solo.

Nunca el sujeto está solo, aunque podamos sentirnos aislados como átomos dentro de una sociedad que ‘pacta’ para crear ‘armonía’. Vivimos en permanente compañía, en una multiplicidad de relaciones con los otros y esto origina en nosotros una diversidad de sentimientos. En consecuencia el sentimiento único esencial, o río continuo de devenir, como señala Husserl, no existe realmente, es una abstracción porque no se pueden vivir sentimientos en un puro solitario. Los sentimientos son una suprema forma de objetivarse, para sentir realmente necesitamos sentir con los otros. Cerrados en sí mismos, o a partir de un pasado inexistente, no es posible el sentimiento.

2.- Lo que Paz olvida sobre el sentimiento de soledad y la realidad objetiva del mexicano.

Paradójicamente para Octavio Paz, 'los niños eternos', o sea los mexicanos, poseemos una especie de sentimiento original, preexistente a cualquier otro sentimiento producto de una realidad imposible de tocar porque pertenece a un pasado muerto, sin embargo para él vivimos una mera identificación imaginaria. Paz olvida que todo sentimiento nace de una comunicación objetiva, reciproca que surge de una dependencia humana lo cual implica que sintiendo a los otros, a la vez nos sentimos a nosotros mismos. Somos en consecuencia subjetivamente objetivos. De esta situación originaria nacen los sentimientos, aunque el sentimiento es un sentir subjetivo, su misma unidad es multiplicidad de sentires, porque esta subjetividad no está sola y son los otros los que nos hacen sentir. Es el mundo y los seres que nos rodean son los que suscitan en nosotros sentimientos diversos, amor, odio, pena, alegría....Estamos sintiendo siempre, no podemos dejar de sentir.

El estado natural de los sentimientos es un equilibrio inestable de los afectos, pues no somos insensibles a nuestro entorno. Sin embargo el estado afectivo dominante es indiferente. No es posible mantenerse dichosos, triste, furioso, acongojado, de manera permanente. Nuestro estado habitual es una neutralidad afectiva o indiferente. Cuando nos afectamos por alguna emoción, sufrimos de necesidades y se equilibra con las correspondientes satisfacciones de

los deseos, por medio de la capacidad de orientar nuestra acción para lograrlo. Por lo tanto todos los sentimientos tienen un origen externo y nacen de una privación fundamental.

Según Paz, el sentimiento de soledad del mexicano que manifiesta a través de su comportamiento y su mentalidad, no tiene explicación porque surge de representaciones inexistentes. “En todos lados el hombre está solo. Pero la soledad del mexicano, bajo la gran noche de piedra de la Altiplanicie, poblada todavía de dioses insaciables, es diversa, —y nuevamente surge la comparación —la del norteamericano extraviado en un mundo abstracto de maquinas, conciudadanos y preceptos morales. En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre dos poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. La realidad...existe por si misma tiene vida propia y no ha sido inventada como en los Estados Unidos por el hombre. El mexicano se siente arrancado del seno de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba. Ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas esas fuerzas en que se manifiesta la vida.” (Paz, 1974:18)

3.- Los mexicanos ¿realmente sentimos estar solos?

¿Realmente nos sentimos solos? El mexicano nunca se ha sentido solo, lo acompaña una realidad externa que casi siempre le es imposible doblegar. No puede ser un laberinto de soledad, sino un archipiélago de soledades que surge de políticas económicas y

sociales excluyentes. Mantenidas a lo largo del tiempo y de una profunda diversidad étnica y cultural. No pretendemos afirmar que estrictamente la diversidad en las formas de entender y construir la realidad es lo que separa a los grupos sociales, a las comunidades indígenas a los individuos unos de otros. Sin embargo, la cohesión no estriba en el reconocimiento de la existencia del otro, en una empatía que logre incorporar las necesidades ajenas a las propias.

El mexicano no puede estar solo, siempre lo acompaña una realidad objetiva que ha interiorizado, pero desgraciadamente se apropia de esta realidad a partir de su circunstancia. Y las circunstancias originan desigualdad como <posibilidad de ser en el mundo>. Esto provoca una orfandad real, una exclusión de este sujeto para lograr su incorporación a la dinámica social, económica y cultural, en suma a la trascendencia.

Por esto no es lo mismo, estar solo, que sentirse solo, la soledad es un sentimiento que puede surgir por diferentes circunstancias, incluso para un mismo sujeto el 'sentimiento de soledad' no siempre lo provocan las mismas situaciones. De ahí que no podemos afirmar que la soledad pueda emanar de una situación que ya no existe, los vestigios del pasado que se funde con la realidad presente ya no es pasado, sino la producción de una nueva realidad sincrética que ha fundido los valores y saberes del pasado en el presente. El pasado muerto, inhabilitado, que no está ahí, en nuestra realidad inmediata, objetivándose en nuestra práctica cotidiana, simplemente es un pasado muerto. Quien afirme su presencia no

distingue lo pasado del presente, ni le es posible distinguir lo heredado en una realidad presente. Pero era fácil adjudicar al pasado, al sentimiento de soledad y nuestras creencias religiosas el origen de la pobreza, la ignorancia y la exclusión, como la hace Octavio Paz.

“Nuestra soledad tiene las mismas raíces que nuestro sentimiento religioso. Es una orfandad, una obscura conciencia de que hemos sido arrancados del todo y una ardiente búsqueda: una fuga tentativa y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación...Si la soledad del mexicano es la de las aguas estancadas, la del norteamericano es la del espejo.” (Paz, 1974:19)

Así encontramos que según Paz en la base de todo está el sentimiento de orfandad “...la mexicanidad se define como ruptura y negación”, como consecuencia de las vicisitudes relacionadas con la conquista española.

B) De la palabra identidad.

La palabra identidad en las últimas décadas está inserta en todos los discursos, es pronunciada desde todas las tribunas y en todas las consignas sociales. Con esta palabra <identidad> se busca dar fundamento a paradigmas de las ciencias sociales, en los discursos políticos o religiosos, en las demandas por los derechos individuales y colectivos, la reivindicación, la justicia, la igualdad, la dignidad. Pero al mismo tiempo se busca legitimar la supremacía de un individuo frente a otro, de un grupo o clase social frente a otros colectivos.

El problema estriba en que la palabra identidad está cargada de significación que puede ser violentada de acuerdo a intereses o necesidades. En el mundo moderno <<identidad>> se convierte en una noción poco clara e imprecisa por lo tanto, es necesario aclarar el significado de las diferentes acepciones que puede encerrar esta palabra.

1.- El significado de la palabra identidad.

El término <<identidad>>, por un lado se refiere a la cualidad de lo idéntico —aquello que es lo mismo que otra cosa con la que se compara—, alude al <<hecho de ser una persona o cosa con las mismas cualidades que se supone se compara o se busca>>; en la ciencia matemática es la <<igualdad que se verifica siempre, sea cualquiera el valor de la variable>>. (Gómez, 1998:101)

De modo que la identidad puede significar la permanencia de las características de uno mismo con relación a sí mismo — en momentos diferentes del tiempo—, o bien la exacta semejanza de las características de uno con respecto de otro —en tiempos o espacios diferentes—, en el primer caso la identidad de uno es lo que se constituye como diferencia con los otros, es decir, lo que los otros comparten; en el segundo, es lo que tienen en común uno y otro u otros, o sea, lo que todos comparten. Esta ambivalencia semántica ha llevado a que automáticamente se considere únicamente la primera

acepción. La palabra identidad al ser predicada por colectivos conserva algo del sentido de lo compartido, sin embargo, se funda en una contraposición a todos los otros conjuntos, que supuestamente no lo comparten. Así, lo que se busca es salvaguardar y legitimar la diferencia pero también convertirla en fundamento para legitimar la desigualdad.

2.- El significado de la palabra identidad en el discurso de la identidad del mexicano.

Con la palabra <<identidad>> en el discurso de 'lo mexicano', se hace referencia a una esencia humana inmutable, absoluta y eterna, lo que es un error, de la misma manera que llamar identidad a unas cuantas diferencias con respecto a los demás. Lo que caracteriza a una persona, a un grupo social o, a una cultura de otra, se ampara en semejanzas y diferencias constatables en un momento dado o durante un tiempo.

De la identidad propia de algo forman parte los componentes, caracteres estructurales y propiedades que lo asemejan con los otros, tanto como aquellas que lo diferencian. Pero hay quienes — como Paz—, hablan de identidad al referirse a lo diferente y particular. Mientras que existen otros que fundamentan la diferencia en <lo hecho de diferente modo> para definir a la identidad, que en rigor, hace caso omiso de todo lo compartido fuera de su grupo o clase social y, por supuesto, de lo que no es compartido.

3.- La temporalidad en la noción de identidad.

La identidad concreta consta de lo semejante y lo diferente. En la mayor parte de los casos las diferencias son más cambiantes que las semejanzas. En la idea de identidad se dan más aspectos particulares, en último término individuales, aspectos comunes más a un grupo y aspectos universales o comunes a todos los grupos de la misma especie.

La identidad no puede ser producto de una evolución temporal, en todos los casos es una abstracción sincrónica resultado de diferenciaciones pasadas y sujetas a posteriores transformaciones. La pretensión de Vasconcelos, Caso, Ramos, Uranga, Portilla, Zea, Fuentes, Monsivais, Paz..... que buscaron la esencia de la identidad del mexicano, aunque disfrazada algunas veces de ropaje histórico, no paso de ser una pura ilusión emanada de la ignorancia o producto de intereses clasistas o políticos. Sus ideas carecen de correspondencia con la identidad del mexicano. De la misma manera el pretender definir una identidad sustancial, cuando lo que constituye la identidad de todo ser humano es una estructura valorativa que se sintetiza, se reproduce y transforma ininterrumpidamente en la acción cotidiana.

Estos espacios e individuos imaginarios que intentan hablar sobre la identidad del mexicano —más claramente en la obra de Paz, Uranga y Ramos—, adquirieron su aparente solidez en el pensamiento de emociones oscuras, basadas en falsas ideas.

C) La identidad del mexicano y el sentido de la vida.

Bajo la necesidad de separar lo inseparable, es decir, el individuo, su relación y práctica social, aparecieron esos mexicanos como entes autónomos, separados del mundo que los rodea, derivados de un pensamiento mecánico y causal, con el que se atreven a encerrar en uno sólo <modo de ser> al mexicano.

Octavio Paz lleva a cabo una insistente comparación entre las diferencias que existen con el vecino país. De esta comparación, por supuesto, la desventaja es para la organización social y la particular forma de construcción de la realidad del mexicano. Lo deja fuera de la racionalidad.

Paz olvida que los mexicanos, al igual que todo sujeto social, a través de la acción e interacción social mantienen una ininterrumpida interiorización compresiva del significado de la misma, reconociendo sus obligaciones, compromisos y, el lugar que le es conferido, así como el valor de este, por lo tanto el sentimiento de inferioridad no puede surgir aisladamente nos <sentirnos diferentes> sólo por medio de la interacción constante con quienes, por supuesto, así nos conciben; 'diferentes' e 'inferiores'.

En la práctica social el individuo no sólo adquiere conciencia de la distribución espacial, también de distribución jerárquica y de su consecuente porción de poder que delimitan las diferencias entre los

unos y los otros, esto al mismo tiempo genera que una diferenciación y distribución de la jerarquía social definiendo el universo simbólico que legitima dichas diferencias y distribuciones en todas las esferas de la realidad, es decir, en lo económico, lo político y la cultura social en todas las circunstancias. La acción comunicativa también manifiesta las relaciones sociales existentes dentro de la estructura social, si bien todos los individuos se comunican entre sí, no todos tienen la posibilidad de generalizar sus ideas, la acción de comunicar y convencer o legitimar por medio del lenguaje y las ideas está determinado por la posición social y el poder que le confiere a los sujetos. Ese lenguaje 'enigmático y obscuro' que define y enmascara al mexicano, es una forma de evadir ese poder, crear espacios de separación e identificación que surgen como defensa de una agresividad manifiesta del exterior, no inventada, ni imaginaria ¡por favor!

Reconocemos que no existe una sola manera de hablar o una sola manera de entender e interpretar los mensajes comunicativos, en la medida que están condicionados por la posición social de los sujetos, de modo tal que las diferencias sociales tienden a generar diferencias en las formas de hablar, convirtiéndose en lo que marca o distingue una clase de la otra. Paz cree entender el significado de esa específica forma de hablar del mexicano, ya que reconoce el lugar que ocupan dentro de la sociedad, el lugar de quienes han perdido el verdadero contexto, el mundo contemporáneo, sin embargo pese a que lo ubica correctamente en el tiempo y espacio, su incomprensión y equivocación son el resultado de llevar a cabo su decodificación desde

una posición ideológica hegemónica y dogmática imperante en el mundo occidental. De tal suerte que el mexicano ha fundado una visión de sí mismo, no a partir de una verdad inamovible sino de las creencias y las opiniones de 'unos cuantos mexicanos' a los cuales su posición del mundo y origen de todas las cosas, así como el sentido de la vida y de la historia se encuentran totalmente al otro lado del mundo, así pues, los que realmente están suspendidos en el tiempo y el espacio eran estos hombres de occidente con un pobre poder que emanaba de los inferiores mexicanos y de su riqueza natural empobrecida por la falta de industrias, el dominio y poder económico que sobre ellos aún pesa.

En realidad no es culpa de estos pobres hombres que en la búsqueda de lograr convertir a México en una sociedad poderosa, hayan caído en lo que todo intelectual inevitablemente e irremediabilmente se abandona, es decir, en los mitos transformados por el discurso que generaron nuevos rituales y supersticiones, todo esto amparado en la idea de 'racionalidad' que elimina sólo simbólicamente las distancias sociales por medio de un discurso harto de palabras, guardando un significado ambiguo, como la 'igualdad', 'justicia', 'libertad', y 'democracia'.

Así pues, Octavio Paz, al igual que Samuel Ramos, Vasconcelos, Emilio Uranga....., efectúan una mirada a la realidad mexicana desde una posición hegemónica, lo que implica su prestigio y el poder legitimar de sus ideas. Existe otro factor, eran los que tenían el conocimiento en ese México que Paz contemporáneo, estaba

fundada en una utopía que trascendía las fronteras mexicanas, aceptadas por cualquier sociedad y, por lo tanto dignas de ser impuestas por encima de los valores culturales que lograban la cohesión social, esto además denuncia una voluntad o necesidad de dominio más allá de la corporeidad del individuo, es decir, el dominio del cuerpo y el espíritu.

Este dominio se cree posible cuando el hombre es concebido como individuo y éste a su vez es considerado como lo absoluto, por ende aparece en el horizonte filosófico una nueva hermenéutica fenomenológica. Paz manifiesta que no pretendía llevar a cabo una ontología de lo mexicano. Sin embargo, su discurso está basado esencialmente en la ontología. Reflexionar un fenómeno social desde la filosofía existencial (ontología), es reflexionar a partir de la experiencia propia. Seguramente por ello, Paz se empeña en que <ese otro mexicano> piensa, como el cree que piensa, no como realmente piensa. Sucede que una interpretación ontológica histórica de cualquier sociedad, puede tener profundas diferencias e incluso ser opuesta. Esto es a partir de la posición que ocupe quien pretenda llevarla a cabo.

Aunque el análisis de Paz, no carece de referentes históricos, estos son en la mayor parte de los casos autoreferenciales, por lo cual resulta ser un discurso ideologizado que se convierte en un instrumento al interior de la sociedad mexicana. A pesar de que Paz se escapa de participar en las políticas de irracionalidad del gobierno

mexicano, colabora desde otra tribuna para construir y legitimar privilegios.

Cuando se lanza a esa búsqueda de nuestra identidad a través de la historia reproduce los mismos errores de quienes le anteceden y cree encontrar la identidad del mexicano en unas cuantas diferencias con respecto a los otros. Sin embargo la identidad se compone de caracteres estructurales que lo asemejan a otros, tanto como de aquellos que lo diferencian, olvida que es más aquello que nos torna iguales, frente a lo que nos hace diferentes. Las supuestas diferencias son las que más rápido se transforman al paso del tiempo.

El hecho de buscar una conciencia de identidad igualitaria para grupos diametralmente opuestos, no era más que una errónea abstracción fundada en un pasado sincrónico disfrazada de historicismo. Parece que su búsqueda no era desinteresada.

Las características de la actitud del mexicano, que para Octavio Paz fueron reales, carecían de substancialidad, puesto que la actitud y la acción de los sujetos depende estrictamente de la interacción social. Por ello sólo toman solidez en el trasfondo emotivo de su prosa narrativa. Paz promueve una identidad imaginaria no sustentada en la realidad y que sin embargo para él tiene un firme fundamento.

Desde el momento en que parte de la premisa de que <las cosas son lo que son y que cada cosa la constituye un conjunto determinado de características fijas>, pierde de vista el movimiento de lo real que

es el permanente estado de todo proceso y, por lo tanto fija una imagen del mexicano definitiva. “La lente identitaria fija la foto, toma lo inevitable provisional por definitivo, lo temporal por eterno, lo contingente por necesario”. (Gómez, 1998, 14)

Así, esas actitudes surgidas de la contingencia, del azar, desde la óptica de Paz parecen ser leyes de la psicología mexicana, piensa equivocadamente que conoce su procedencia en la medida que esas actitudes identificatorias pueden surgir de una multiplicidad de situaciones generadas por el intercambio con los otros.

Octavio Paz, aborda el problema de las semejanzas y las diferencias sin una clara relación entre lo inmutable y la evolución construyendo una identidad esencializada e idealizada, dejando a un lado el inherente carácter evolutivo de la historia y engañosamente pretende rescatar, en todo momento, identificando las actitudes que analiza, no los valores, sino el motivo que impulsa. Estos motivos resultan ser parte de una realidad inexistente. La del México prehispánico, la cual ya no podía afectar la identidad del mexicano.

Asimismo, Paz introduce en las conciencias mexicanas la pretensión de que ‘no se es como los otros’. Tal vez por ello, el mexicano olvida su compromiso con el prójimo y permite que entre a su conciencia y en su relación con su prójimo lo inhumano.

Paz, sitúa su descripción al nivel de unos cuantos rasgos sensibles y unos cuantos símbolos marcados con arbitrariedad, los

cuales analiza a partir de una ideología particular y, es a través de estos que hemos aprendido a reconocernos.

Así pues, encontramos que Paz se compromete con ciertas premisas filosóficas y con otras áreas de la ciencia social, pero que su necesidad en situar su descripción, sólo al nivel de unos cuantos rasgos sensibles y unos cuantos símbolos marcados con arbitrariedad e impregnados de una ideología particular, nos obliga a reconocer que esa realidad sociocultural que nos presenta es engañosa.

La propuesta de Paz deja entrever que reconocía que el Estado mexicano estaba huérfano de un fundamento sólido, por ende escarba en la historia y los mitos, al parecer con el único fin de hacer creer a los mexicanos que su identidad emerge de una cultura y una raza particular y común entre sí.

Hasta ahora no hemos pretendido ignorar el valor y la profunda importancia de la diversidad cultural, sin embargo cualquier diferencia es susceptible de cargarse de significación y, por otro lado, muchas de estas diferencias son sólo producto de la imaginación de Paz. Tal vez con un propósito de analizar un significado que en realidad intenta imponer.

Así, Paz nos impone diferencias categorizando lo que era normal de lo anormal, cargando de significado la supuesta alteridad entre la conciencia del estadounidense y el mexicano, por lo tanto, desde el momento que considera nuestras diferencias, su reflexión

está envuelta en una profunda discriminación y estratificación al exterior, como al interior, de la sociedad mexicana.

Al utilizar Paz este enfoque diferenciador para, supuestamente, liberar al mexicano de atavismos, lo que hace en realidad es privilegiar a un sector de la sociedad y no buscar la sociedad más humana según lo manifiesta, puesto que se basa en criterios subjetivos, en las creencias inconscientes y conscientes de los mexicanos que define como 'diferentes' y 'extraños', cabría preguntarse si realmente eran ellos mismos o si era él quien así los concebía, puesto que sin el mayor empacho argumenta de manera manifiesta y encubierta que es esa conciencia irracional del mexicano es la causa explicativa, seleccionando a su voluntad los factores objetivos diferenciales.

Era claro el vacío de una conciencia nacional, que equivocadamente Paz ubica en ese sentimiento de adscripción debe hundir sus raíces en lo inconsciente. Paz busca en el origen de un recién emigrado del México prehispánico al México de la modernidad, y no repara, en que todo sentimiento siempre es aprendido de la realidad objetiva externa. Asimismo, Paz presenta, al inicio del Laberinto de la Soledad, a la identidad como una conciencia en sí misma, reduciéndola sólo a los mexicanos que tienen conciencia de su mexicanidad, la identidad entonces, al igual que la religión, agrupa sólo creyentes.

El discurso de todos los intelectuales desde Andrés Molina Enríquez hasta más allá de Paz, no se interesaron por la realidad

fáctica, sólo por el cosmos simbólico, los sentimientos y los sucesos supuestamente históricos, lo que da por resultado una identidad conformada solo a partir de las diferencias de los mexicanos, que ellos consideran significativas de su conciencia subjetiva; por ello la identidad nacional es en realidad una variante mas de la ideología nacionalista y, en este sentido, un puro producto imaginario que fundan en la realidad oculta y compleja de la cultural.

Es preocupante que en la actualidad la obra de Paz sea recomendada a las nuevas generaciones de mexicanos, con el argumento de que se conocerán y reconocerán en ella, puesto que realmente a lo que los conducen es a mirarse reflejados en una falsa ideología cargada de mitos que encubre la verdadera realidad social y cultural de México, la obra de Paz ha brindado un indiscutible apoyo a la ideología del estado mexicano, —recordemos a Vicente Fox en su discurso del primero de diciembre, donde toma posesión de la presidencia, reproduce idénticamente el discurso de Paz contenido en el laberinto de la soledad, cuestión que no es nada gratuita—, que a una conciencia crítica del mexicano.

Es necesario reiterar que no se pretende negar que las ‘diferencias’ con las que Paz nos señala no sean, o fueron reales, pero sí no es posible interpretar el sistema total de caracteres constitutivos de ningún individuo, mucho menos de una nación, puesto que al no analizar al todo, lo que realmente hace es distorsionarlo, encubrirlo, enmascararlo.

A veces no se sabe si creer en la ingenuidad de Paz o pensarlo como un joven intelectual que respondía a las necesidades una clase hegemónica que nos impone una identidad obscura a través de un recurso efectivo como la manipulación de nuestras diferencias. De forma aislada nos va dibujando, primero con un sentimiento de soledad que se trasmuta al de inferioridad, para después trasladarse al lenguaje enigmático y a una indumentaria que revela nuestros miedos; pero olvida poner orden y coherencia a ese laberinto concluyente. Porque no es posible pretender dar significado con unas cuantas actitudes y a partir de un pasado inexistente desde hace siglos. Por ello insistimos, no se pretende negar nuestras diferencias, solo esa negativa interpretación que hace de ellas y, evitar que continúe dando frutos por más tiempo esa idea negativa que de sí mismo tiene el mexicano.

El mito de nuestra identidad y de nuestras diferencias obliga a volver los ojos hacia las supersticiones ocultas en el mundo y el pensamiento moderno para no abandonados en un laberinto más real, más cercano al purgatorio. Hoy se vive en un mundo que irremediamente lleva al individuo a uno de los dos polos opuestos, al cielo o al infierno. Pero también la mundialización genera la posibilidad de producir una nueva identidad. Es el momento de replantear cual es la mejor forma de aprovechar de nuestras diferencias reales, puesto que ahí, en esa posibilidad de cambiar la idea que se tiene de sí mismo el mexicano, revalorizar nuestra diversidad cultural y pluralidad étnica, no como un mal ancestral sino como, lo que realmente es: una multiplicidad de valores que al adquirir reconocimiento y posibilidad de trascender puedan al mismo tiempo

convertirse en el impulso para la producción de una nueva forma de vida. Es necesario terminar con un mexicano que a falta de mitos nacionales se convierte en parte de Los Rituales del Caos. (Monsivais, 1991)

CONCLUSIONES

Reconocemos que era imposible desarrollar todas ideas y conceptos que nos hablan de identidad, por ello solo planteamos los aspectos que permitieran abordar la identidad en sí misma, para entender de manera muy general que es lo que impulsa a los sujetos a actuar con determinadas pautas de comportamiento, para aclarar que toda identidad es un proyecto de vida en el tiempo y el espacio y que ese proyecto está harto de valoraciones y que independientemente de que son interiorizadas de la realidad social externa, se convierten para todo individuo en una realidad propia y particular, las ha individualizado y ahora son los valores que definen a pesar de ser compartidos por los otros.

Cuando decidimos cuestionar las actitudes que Paz define como las mascararas mexicanas la primera tentativa era lograr, por medio de la filosofía existencial que Paz utiliza para dar sustento a estas actitudes, demostrar lo contrario, es decir, que no son herencia ni resultado del pasado inhabilitado, y, que por el contrario, están ahí, formando parte de la realidad social. Por lo tanto resultaba más pertinente buscarlas en las actitudes del mexicano de nuestros días. Lo que posible a partir de que la filosofía existencial surge precisamente para cuestionar al ser de la modernidad. Estas actitudes que enmascaran y encubren; que son una mentira hacía adentro, una huida del consciente, siempre han estado acompañadas de la angustia por el otro, de una preocupación por no ser lo que se piensa, que el otro espera que seamos. Por lo tanto, son angustias de todo hombre moderno y no una actitud exclusiva del mexicano. Así pues, estas actitudes en el mexicano, de

ninguna manera pueden ser herencia prehispánica o, producto de reconocerse diferente y por ende 'sentirse solo', para terminar por trasmutarse en un sentimiento de 'orfandad e inferioridad'. Ese mexicano considerado, 'inadaptado', no existe, lo real era su exclusión del poder y el saber, su abandono en la ignorancia y, al contrario, todas estas actitudes sólo reflejaban su capacidad de reflexión para reconocer el lugar que ocupa como 'diferente de otros' y de reconocer el 'valor' que este lugar le confiere, porque las actitudes de los otros y de sus instituciones se lo hacen saber, y sin embargo, lucha por no aparecer como <<ese ser que los otros le dicen que es>>. Antes de indagar sobre el espíritu del mexicano Paz ya 'los reconocía, como lo que él dijo que eran'.

Se reconoce además que existe una abismal diferencia en esa actitud que encubre el 'verdadero ser del mexicano' en lo que podríamos llamar las mascararas del presente, ya que no buscan encerrarse o disimularse y, al contrario, son un exhibirse frente al otro, lo que quiere decir que los mexicanos se abren, llaman la atención, para <<ser como no siendo lo que son>>, y es una actitud que el mundo moderno refuerza y recrea, ahora el mexicano puede elegir entre estilos estandarizados de vida y en una diversidad de actitudes para <<caer en actos de mala fe>>. Así pues, mientras la realidad se siga negando a ser presencia, la búsqueda por <<ser lo que no se es>> se continuara más precisa que antes, porque ahora el ritual y los espacios son también modos de negar las desigualdades, legitimadas por el poder y para el poder.

La religión modela y cohesiona, continua siendo el principal refugio de los mexicanos sin embargo puede ser impulso para la acción, para llevar la acción de los hombres a lograr construir imperios poderosos, no siempre es un lastre que impide la acción egoísta y encaminada al poder económico y político, la religión domina, obliga; pero al lado de estas creencias o a partir de ellas el desarrollo económico, el avance científico y tecnológico ha sido posible, Paz funda esa negativa idea de un pensamiento moderno que ha mostrado claramente ser una utopía.

Detrás de cada idea, de cada reflexión, de cada empeño se encuentra la determinación de lo que somos, y como el mismo Paz lo señala, de como construimos ese que somos, de tal suerte que también tenemos un deber ser que surge de la posición y el lugar que nos ha sido conferido por la pura contingencia de llegar a un mundo preestablecido. Era necesario cambiar a un mexicano que no era contemporáneo, había que hacerle entender que el mundo ya los reconocía, que eran libres, que debían dejar de ser católicos. Seguramente Paz tenía razón, debíamos ser otros y no los mismos, pero Paz y todos los intelectuales que buscaron hacer de la conciencia mexicana una conciencia moderna no le dieron la formula mágica que había de lograrlo, y aún ninguna sociedad en el mundo la conoce. Y porque cada quién escribe la historia de acuerdo a la realidad en que vive, la identidad nacional no puede hacernos iguales, porque no somos iguales. El vacío se llena, todos se saben mexicanos, sin embargo la desigualdad nos hace diferentes. La conclusión es

sencilla, Paz crea un mexicano imaginario. Porque somos modernos aún antes de que el mundo nos reconociera.

Y es que nuestro encuentro con el mundo moderno no estriba en la producción tecnológica, sino en una temprana experiencia secuestrada, no de manera parcial como Foucault o Giddens lo manifiestan, para los mexicanos lo que su realidad torna obscuro y oculto, no es sólo la locura, la enfermedad o la muerte sino la profundidad de su miseria y desamparo.

El mexicano siempre ha estado aparte, en la distribución de riqueza, de conocimiento y de poder, por ello quienes pueden adquirir conocimiento pertenecen a un espacio sacralizado, diferente a ellos, adquieren la calidad de algo aparte, no son dioses, sino otros hombres aparte de él, diferentes y por supuesto mejores.

Pero no importa que no sea en su realidad objetiva, al mexicano nos sobran los rituales, tenemos plazas comerciales, centros deportivos, fiestas sociales, todos los espacios necesarios para sumar a la práctica ritual; un cuerpo que es ajeno, porque como todo individuo moderno lo hemos convertido en instrumento, en algo aparte, no utiliza palabras pero harto de significado se ofrece a los otros. No hay duda, Octavio Paz es un ciego para reconocer que no sólo somos tan modernos como esos hombres contemporáneos a los que él se refiere. Sufrimos desde antes que todos ellos la angustia por no ser lo que se quiere ser, también el infierno de la mirada ajena, nunca desnudándonos tanto como despreciando lo que somos para ellos,

vivimos sumidos en un sentimiento de inferioridad porque la mirada del otro es una condena y un desprecio por ser eso que somos. Y sin embargo nos defendemos, el albur, el alcohol, las mujeres, el amor, dios y todos los rituales nos hacen mexicanos y universales salvándonos de todos los abismos.

Los mexicanos también somos individuales, reflexivos y particulares, por lo tanto cuando nos referimos a la identidad entran en juego las formas de ser en la vida y en la práctica cotidiana, si se nos pregunta sobre cuál es nuestra forma de vida, nuestros ideales, nuestras expectativas, qué pensamos de los otros y del mundo en que vivimos, seguramente buscamos contestar con aspectos importantes de lo que somos y cómo somos, en los aspectos más triviales de nuestra forma de vivir, porque ahí, se encuentran inscritos nuestros valores, sin embargo no siempre damos una respuesta total de cómo construimos la vida. Las formas ideales lo impiden, no siempre es un deseo abierto de mentir a quien nos cuestiona sobre la particularidad de nuestra vida, es una exigencia cubrir lo que pensamos puede ser reprobado de nuestra actitud, pero principalmente nos avergüenza la pobreza, la miseria en que vivimos, no la reconocemos como una circunstancia fuera de nuestra voluntad, la concebimos como una culpa que se debe ocultar por cualquier medio y es que el mundo nos parece que construido por leyes inamovibles, algo dado por Dios o por la naturaleza. Y es que los dueños del poder así lo creen y así lo hacen sentir a todos los que carecen de posibilidad fáctica y por lo tanto de trascendencia, porque se encuentran legitimados y legalizados todos

los abismos, todos los abusos y todas las desigualdades y por lo tanto que seamos contrarios y desiguales.

Por ello, a solas, cuando nadie nos interroga, nos empeñamos en mentirle a la consciencia, y es que sería suicida poner en claro que mentimos, no es fácil cuando se carece del conocimiento necesario, ese empeño no es una huida de la consciencia, es que la miseria no puede soportarse sintiendo que no somos ni siquiera buenos en este mundo, 'ser buenas gentes' es lo único que nos acerca a nuestro dios, ¡carajo! ¿acaso no saben que crucificándonos ganamos el cielo? Sí, somos Dioses egoístas porque crucificando nuestra carne se abren todas las puertas del paraíso, porque si no es a esto ¿entonces qué somos y para qué vinimos a este mundo?

Todos los seres humanos soñamos con ser en el mundo lo que no somos, algunos cuantos encuentran la manera de realizarlo, de lograr sus expectativas, adquirieron la confianza suficiente para lograrlo, pero otros la perdieron en el camino, cuando las necesidades están fuera de lo que deseamos, cuando no es posible doblegar al entorno. Existe una clara disociación entre nuestras expectativas, nuestras necesidades y el entorno que nos rodea, la desigualdad en las sociedades es total y no parcial, una vez que se vive carencias económicas, se viven carencias culturales, de seguridad y protección, de respeto y poder sobre la vida, y encima de todo en nuestro interior existe una imprecisa o clara y determinante creencia de que así debe ser.

Por ello, cuando se nace sin posibilidades en el mundo, cuando el hambre es una regla constante, cuando se sale a la calle a buscar la vida desde niño, no se conoce otro mundo, la humillación que se recibe, el deseo siempre presente y constante, cuando se sueña con las mieles de un dulce o un dado para jugar a que se es libre, intuyes la existencia de otro mundo, de otros que si pueden, pero no sientes lastima de tu vida, ni te piensas desafortunado, porque en realidad no conoces otra forma de vida, y por lo tanto piensas que no hay para ti otra realidad posible.

Pero además el mundo moderno ofrece, nos llena de magia la conciencia, pero como la realidad objetiva no se construye de magia alguna y, al contrario, es dura e infranqueable, si no existe nada más que el sueño, si se desconoce que son las manos, los pies y la conciencia las que construyen los caminos y el proyecto. ¿Ignorancia voluntaria?

No, quizás un soñador cristiano, sin embargo lo más probable es que sea un sujeto reflexivo, que como producto de un mundo moderno, conoce los sueños y las fantasías que la modernidad le ofrece, mientras por otra parte le negó el proyecto más íntimo de todos los humanos, el proyecto de ser en este mundo, o el proyecto del yo con los otros y en el mundo. Cuando se tiene el impulso, la juventud, la capacidad derramada hacia la nada, entonces la excitación se convierte en un asalto al cuerpo, lo oportuno o la única salida es la violación de la propia carne, por cualquier medio que estimule a la conciencia y conduzca, a partir precisamente de la propia carne, a ser

lo que la magia no puede en el mundo, por eso la droga, la violación, el asalto a mano armada, la fuerza fugas se hace presente o necesaria. Y es que es el hambre del deseo material e intelectual lo que obliga a matar los sueños en el suicido lento de la carne. Son nuestros jóvenes, con sueños y en la calle, modernos y sin posibilidad de ser en este mundo, los hombres contemporáneos que a Paz nunca le fue posible reconocer realmente, él es un poeta, un aristócrata de ideas, un soñador, un hombre culto y sensible, nunca un 'pelado' mexicano, aunque en una mezcla de lastima y desprecio, se incluya en el nosotros y se excluya cuando mejor le parece, por ejemplo, al hacer referencia al pobre mexicano extraviado en una realidad que solo ha existido en la conciencia de los intelectuales que como él, creen que retratar la miseria es comprenderla.

BIBLIOGRAFÍA

Bartra, Roger
1990

“Miserias y Esplendores de la Cultura” en **Suplemento La Jornada Semanal**. No. 77, México.

Berger, P. y Luckmann, T.
1991

La Construcción Social de la Realidad. Amorrortú, Buenos Aires.

Castels, Manuel
1998

La era de la Información. Alianza, Madrid.

Careaga, Gabriel
1989

Mitos y Fantasías de la Clase Media en México. Cal y Arena, México.

Douglas Mary
1977

“Contaminación” en **Enciclopedia Internacional las Ciencias Sociales**. Vol. III, Aguilar, Madrid.

Dubet, Francois
1989

“De la Sociología de la Identidad a la Sociología del Sujeto” en **Estudios Sociológicos del COLMEX**. Vol. VII, núm. 21, México.

Durkheim, Emile
1988

Las Formas Elementales de la Vida Religiosa.
Siglo XXI, México.

Gennep, Van
1986

Los Ritos de Paso, Taurus, Madrid.

Giddens, Anthony
2000

Modernidad e identidad del yo. Península,
Barcelona.

Gómez, Pedro
1998

“Identidad, Una idea Confusa” en **Cuadernos de
Filosofía.** No. 12, Kairós, Barcelona,.

Lacan, Jacques
1981

“De otro al otro” en **El Seminario de Jacques
Lacan.** Paídos, México.

Monsivais, Carlos
1990

Escenas de Pudor y Liviandad. Grijalbo,
México.

1995

Los Rituales del Caos. Era, México.

2000

"El Posnacionlismo Mexicano" en **La Jornada**.
15 de Octubre.

Molina, Pedro
1996

"Identidad y Diferencia" en Cuadernos de
Antropología. **No. 13, Kairós, Barcelona.**

Sartre, Jean Paul
1989

El Ser y la Nada. Alianza, México.

Turner, Victor
1974

**Dramas, Fields and Methaphors; Symbolyc
Action Human Society,** University Press Thaca
Corwel.

1988

**El Proceso Ritual, Estructuras y
Antiestructuras,** Taurs, Madrid.

Paz Octavio
1974

El Laberinto de la Soledad. FCE, México.

Prigogine, Ilya
1997

El Fin de la Certidumbres. Taurus, Madrid.

Portilla, Jorge
1992

Fenomenología del Relajo. FCE, México.

Ramos, Samuel
1994

El Perfil del Hombre y la Cultura en México.
Espasa-Calpe, México.

Ritzer, George
1998

Teoría Sociológica Clásica. Mc Graw Hill,
México.

1998

Teoría Sociológica Contemporánea. Mc Graw
Hill, México.

Vasconcelos, José
1994

La Raza Cósmica. Espasa-Calpe, México.

Villoro, Luis
1992

El pensamiento moderno. El Colegio Nacional
/ FCE, México.

1995

México entre libros. FCE, México.

Weber, Max
1889

Economía Política y Sociedad. FCE, México.

Zea, Leopoldo
1976

La Filosofía en México. Porrúa, México.

1978

Conciencia y Realidad del Mexicano. Porrúa,
México.

1979

“La participación del Intelectual en la Política” en
Cuadernos de Orientación Política. México.